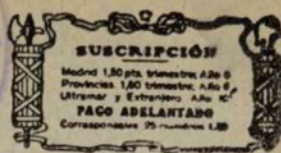




# EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 6 de Marzo de 1913.

Núm. 10.

## ADVERTENCIA

Tenía preparados para el presente número trabajos preparados por los anteriores, juzgando la ida de Azócar a Palacio, y los «vivas al rey» de Alvarez. La caricatura estaba también dedicada a estos señores.

Pero leo en «El Liberal», «El País», «España Nueva» y «El Radical», sentidas excitaciones a la unión republicana en vista del tremendo, bochornoso, lógico y esperado fracaso sufrido en la antevotación del jueves, y retiro la caricatura y los artículos.

Si estas corrientes de concor- se desviasen del cauce que deben seguir ya publicaría una y otros cuando lo consid- re oportuno.

## Por la Unión

### «El País»

«Aun con la presión oficial, habrían los republicanos sacado el número preciso, si hubieran tenido estas dos cosas: organización y voluntad.

Los Comités todos, y el directivo de la Conjunción republicana socialista, fracasaron ayer. Desde 1910 ha tenido tiempo de organizar, siquiera en Madrid, la lucha electoral. No ha podido o no ha sabido hacerlo. En Madrid no hay más distritos organizados que Universidad e Inclusa. Antes lo estaba, y muy bien, el Hospital; mas ignoramos si la división en unionistas y reformistas habrá dado al traste con esta organización.

Hay más culpas. El «partidismo», la mayor. Por atender al reformismo unos, a la Unión otros, a los radicales éstos y a los federales aquéllos, se desatiende la obra común. El pueblo se va cansando de esto, y de ese cansancio participamos, y quiere la unión verdad, porque sabe que las actuales distinciones no se basan en distinción de principios y de procedimientos, sino en las personas.

Va a llegar día—si es que no ha llegado ya—en que el elector republicano mande a los candidatos a que los vote su respectivo jefe.

Y hará muy bien, cuando eso haga, el pueblo republicano.»

### «El Liberal»

«Así pensamos nosotros, y así venimos hablando desde las afueras del republica-

nismo, y a la par nos duele y nos halaga el que una voz tan autorizada haga lo mismo desde adentro.

A mayor abundamiento, en la entraña de cada uno de los partidos existe una falta de homogeneidad y hasta de afectos íntimos que entorpece la acción peculiar, de igual modo que imposibilita la de conjunto.»

Copia aquí unos párrafos de *El Radical*, y añade:

«No podemos, ni, aunque pudiéramos, queríamos entender nosotros en esos pleites familiares.

Si debemos, a título de afines, pedir a los republicanos o que se entiendan o que desistan de concurrir a las urnas.

Ya no convence ni divierte a nadie—y menos al noble e inmenso pueblo republicano—ese eterno estribillo de echar la culpa de todo a los abusos, trampas y arbitrariedades de los Gobiernos.

Se ha triunfado siempre que se ha luchado con ímpetu y en fraternal concordia.

De continuar las personas y las cosas tal como andan ahora, el caso de la antevotación del jueves, que, en realidad, importa poco, se repetirá con creces en las futuras elecciones generales.

Y si en la mente de todos está que eso habrá de suceder, en cuanto a la venidera acción electoral, huelga añadir lo que pensará todo el mundo, incluso los interesados más entusiastas e ingenuos, en cuanto a la posibilidad de otra clase de acciones.

No hubieran los griegos ganado la batalla de Maratón, para la cual tenían diez generales, si en el sorteo no hubiera favorecido el azar con algo de trampa a Milciades, que era el mejor de ellos.

Hoy no puede repetirse el caso, por lo cual, si no ha de haber enmienda ni insinto vital en los republicanos, lo mejor será que abandonen el campo electoral a los medos liberales, conservadores y mestizos, y que se dediquen a esperar sentados al advenimiento del purificador terremoto.

Entre tanto, y para hacer tiempo, no estará de más que los discretos—ya que socialistas, federales, unionistas, radicales, etcétera, acuden, siquiera sea protestando a las urnas—trabajen para modificar la ley electoral vigente, no sólo en lo que toca al búcaro penante de su artículo 24 y al sospechoso portillo del artículo 29, sino en su conjunto, que es «totius totaliter», una maraña de curialescos desatinos.»

### «España Nueva»

«Nuestros queridos colegas *El País* y *El Liberal* culpan el fracaso sufrido en la antevotación a la falta de organización y unidad en el directorio de la conjunción.

Nos dolemos de los males que señalan los compañeros, y en el deber de que cada palo aguante su vela, por lo que a nosotros corresponda, hemos de decir que la inactividad de algunos elementos de la conjunción, ya censurada por nosotros,

puede haber contribuido al retraimiento de la masa republicana, en menor proporción que las coacciones realizadas por el Gobierno y las dificultades creadas por la ley electoral.

Desde la convocatoria publicada en la *Gaceta* convocando el cuerpo electoral a las elecciones de diputados provinciales, nosotros hemos realizado una labor intensa, que nos enorgullece y de la que responden los republicanos de los diferentes distritos.

Las etiquetas de las fracciones políticas y de los «fulanismos» los hemos considerado siempre como un mal para el triunfo de la República. Obligados por los demás partidos, y más que a esto, a requerimientos de cuantos correligionarios simpatizaban con Soriano, tuvimos que levantar bandera, organizar y dar unidad a las aspiraciones de una parte considerable del republicanismo, cristalizándolo en un partido con disciplina.

Por la unión verdad lucharemos cuanto sea preciso, y si los últimos fuimos en levantar capilla, seremos los primeros en pactar aquella, sin más programa que el compromiso de instaurar la República.

¿Dónde está el mal? ¿En los fulanismos? ¿Por qué entonces se nos tachaba de falta de organización?

Las ambiciones, censuras y campañas de algunos republicanos obligáronnos a tomar una posición y agrupar y organizar una fuerza.

Soriano no tiene partido... Soriano no organiza... Soriano no puede luchar en las elecciones... Soriano... Esta era la diaria cantinela de algunos periódicos y no pocos republicanos. Pues bien, Soriano organiza y tiene partido. Sus adeptos cuentan con un jefe, y le siguen; y los que antes le criticaban por no organizar, ahora le censuran por haberlo realizado.

La actual de nuestro jefe y la enemiga de algunos republicanos nos sugiere lo que ocurrió a cierto vecino de Madrid allá por los primeros años del siglo pasado.

Tenían los habitantes de la villa del oso y del madroño la costumbre de pasar las ociosas tardes caniculares cargando jeringas de agua, que lanzaban sobre el transeunte de la acera de enfrente. Molestado por los jeringazos de una acera, se cambiaba a la otra; pero los otros vecinos repetían la operación, y volvíanle a humedecer la ropa y la cara.

El hombre, dispuesto a no tomar acera y permanecer neutral a las acometidas de los dos lados de la calle, tomó el centro, para no inclinarse a unos ni a otros, y ocurrióle entonces que lo jeringaron de ambas partes. Esto obligó a tomar por partido una acera, a fin de evitar, por lo menos, las descargas de una parte de la calle.

Sepan nuestros queridos colegas que ahora y siempre estamos dispuestos a firmar y afianzar una unión leal y verdadera, que acabe para siempre con las lamentaciones endémicas que el partido padece.



A ella, que nosotros esperamos siempre en nuestro puesto.»

### “El Radical”

«Pues bien; si todos anteponemos el amor al ideal á subalternos egoísmos, aún es tiempo de evitar la derrota. Apenas han iniciado el tiroteo las descubiertas de las democracias republicanas. Rehagámonos, formemos la columna cerrada, y vanos serán las trapacerías, las coacciones, los sobornos, los embuchados oficiales, si los republicanos unidos, formando un sólo cuerpo combatiente, velamos por la pureza del sufragio.

El triunfo puede y debe ser nuestro. Para lograrlo se necesita abnegación y depone secundarias quimeras. Es este el momento que requiere pruebas de republicanismo. Los dinásticos se frotan con fruición las manos ante la perspectiva del triunfo. Romanones consignará un nuevo hecho en su ejecutoria de electorero. Sin embargo, existe un medio de subvertir las posiciones de las fuerzas beligerantes. Unámonos, y se frustrarán en flor las halagüeñas esperanzas del enemigo común.

Los radicales, consecuentes, están dispuestos, á dar alto ejemplo de sacrificio. En nuestro campo no existen ambiciones. Las Juntas del partido, los candidatos proclamados, transigirán en holocausto de la armonía y la República. No queremos puestos, no aspiramos al acta por el acta; deseamos luchar por el ideal sin mixtificaciones solapadas. Venga la unión, sea como sea. Conscientes de nuestra fuerza, seguros de nuestro poder como partido disciplinado y de incuestionable arraigo en la nación, aceptaremos las proposiciones que se nos hagan. Cualesquiera que sean los puestos que se nos reserven, y aún no adjudicándonosos ninguno, siempre podremos envanecernos de haber prestado un relevante servicio á la República.

Así somos nosotros. Se ha dicho que actuábamos de encubridores de Romanones. ¿A qué insidia no acudieron nuestros afines? Y bien; los «encubridores» queremos la unión para vencer al régimen. Ya lo sabéis, republicanos de todos los partidos, los radicales iremos al sacrificio, si éste es preciso, para batir en los últimos reductos á la monarquía.

El partido radical afirma sus convicciones con hechos. Ha demostrado que decide en las luchas electorales, y se ofrece abnegado en holocausto de la República. Veamos lo que resuelven los demás republicanos.

Aún estamos á tiempo. Todos unidos, venceremos al régimen. Si, por deliberado propósito de los conjuncionistas, luchamos aislados, nos espera la derrota más vergonzosa.

En uno y otro caso, los radicales, tranquila la conciencia por haber declinado su responsabilidad, lucharán con elevación de miras y ánimo esforzado.»

La lectura de esas autorizadas opiniones, abre nuevamente el pecho á la esperanza.

A la Unión, pues.

Tengamos todos ahora la suficiente grandeza de alma para prescindir del pasado y echar con la unión desinteresada en el presente los cimientos de la obra del porvenir.

Y la patria nos lo agradecerá.

## LA CRUZ ROJA REPUBLICANA

Querido Nakens: Me distingue usted carinosamente colocando mi nombre modesto entre otros muy ilustres propuestos para organizar la Cruz Roja republicana.

En tan honrosa compañía cooperaré á la realización de la iniciativa nobilísima de usted.

Refleja uno de los rasgos más salientes de su vigorosa fisonomía moral la decisión inquebrantable con que ha decinado en beneficio de los que sufren ó mueren por la causa, el homenaje para usted dispuesto y por usted merecido por su sinceridad inmaculada, su desinterés y su abnegación heroica.

Le quiere y admira su buen amigo.

E. MENÉNDEZ PALLARES

Sr. D. José Nakens.

Mi querido amigo: enterarme de su propuesta y aceptar, todo fué uno, como usted lo supondría de antemano.

Pondré de mi parte la mejor voluntad y decisión para que su generosa idea se convierta en una institución agradecida por los beneficiados.

Sabe cuán de veras le quiere su buen amigo

RAFAEL SALILLAS

28 Febrero 1913.

## ASESINATOS LEGALES

Es un tema muy gastado. Todos los tópicos, todos los argumentos posibles han sido agotados á este propósito. Y todos con la más desconsoladora ineficacia. La pluma se nos cae de las manos, convencidos de la impotencia en forma de razón y de sintaxis. ¿Qué decir, que no haya sido dicho? ¿Qué argüir, que no haya sido argüido, para despertar en el alma humana un destello de justicia, un arranque de protesta, un grito de angustia, un principio de acción que acabe con la barbarie que asesina al amparo de la ley y al amparo de la cobardía ambiente?

Allá en Oriente, turcos y balkánicos se despedazan brutalmente; mueren á millares, de bala unos, de peste otros, de frío y de hambre muchos. Y no se escucha ni una sola palabra, ni un sólo grito de indignación. Todo el mundo continúa indiferente en sus habituales faenas, robando ó dejándose robar; en sus miserias contiendas políticas, engañando ó dejándose engañar. Lo importante, lo que seduce es saber si se rinde Andrinópolis; si el sitiador está á tantos ó cuantos metros del sitiado; si alguna gran batalla cambia de momento la posición de los beligerantes. La humanidad, mirada á través de este prisma sangriento, inspira repulsión, desprecio, odio.

En Méjico, los bandidos gubernamentales se despedazan bestialmente. A millares caen los secuaces de uno ú otro caudillo. La traición, el dolor, la venganza,

las más bajas pasiones se concitan para empujar unas hienas contra otras hienas. Aquello no es un pueblo, no es una nación: es una guarida de ladrones y asesinos. Y ni una sola voz de protesta, ni el más platónico correctivo á esa brutal, bárbara conflagración de instintos bestiales y de concupiscencias canallas. Todo el mundo prosigue su tráxico corriente, explotando ó dejándose explotar: su mezquina, probísima cominería diaria, engatusando al vecino ó dejándose engatusar por él. Lo importante, lo sugestivo, es la noticia candente de la derrota de Madero ó del triunfo de Díaz; la caída de un presidente y la exaltación de otro al poder. ¿Los millares de muertos y heridos? ¡Pchs! La humanidad, contemplada á través de este nauseabundo charco, inclina al menosprecio, al rencor, á la ira.

Valemos menos que la más despreciable de las alimañas. El rey de la creación, el pretencioso, el vano, el estúpido sér humano, tan orgulloso de su posición vertical, queda por debajo del reptil que rastrea en la maleza del monte ó en el fango de la charca. Porque los que obedecen no son mejores que los que mandan, los que mueren que los que matan: y todos juntos no lo son respecto de la multitud que asiste al espectáculo para aplaudir ó para patear.

Toda esta gentuza que ladra furiosa cuando cualquier personaje cae bajo el arma de un vengador, no se inquieta ante los bárbaros asesinatos que á la hora presente, como en todas las horas de la historia humana, se cometen en total impunidad, legalizados, justificados y hasta glorificados por el Estado y por la Sociedad. La manada de bestias levanta estatuas al ladrón y al asesino de pueblos; crucifica al hambriento y al desesperado que obra bajo la sugestión del ejemplo histórico y del ejemplo actual. Hay para unos glorificaciones; para otros horcas. Todo es bárbaro y cruel é inhumano; más bárbaro y más cruel y más inhumano aplicar dos pesas y dos medidas con tan horrible desproporción. Y lo es más todavía, la plácida calma con que unos y otros asistimos á la fiera hecatombe.

Los mismos que nos reputamos revolucionarios, soñadores de la paz y del amor, justicieros, humanos, ¿qué hacemos más que rumiar lugares comunes, hilvanar tópicos, desfogar apasionamientos? La acción está en los labios; la protesta en la pluma ó en el discurso; la indignación en la frase hecha, constantemente repetida. Y todo acaba en un pasatiempo más ó menos literario. Con igual pesadumbre actúa sobre nosotros el atavismo que sobre todos los otros. También vamos arrastrados por la sugestión guerrera, por el rojo color de la sangre, por el olor de la carne muerta. También vamos llevados por la educación que hace los lobos y los borregos, los gloriosos asesinos y los presidiabiles matadores; los grandes ladrones millonarios y los mezquinos raterillos hambrientos. Tam-



bién valemos menos que la más despreciable alimaña.

¿Somos hombres? Somos hienas. Todas las energías, todas las actividades, todos los valores humanos se emplean en matar y en expoliar. La acción bienhechora que acabe con todo eso debe ser fruto, sin duda, de una imprevista superación humana, porque cada día que pasa el latrocínio y el asesinato legal se afirman ufanos y triunfantes.

¿Dónde están, hombres del mañana, vuestras ansias de justicia? ¿Dónde vuestros anhelos de amor?

¿Dónde están, muchedumbres esclavizadas, hambrientas, embrutecidas, vuestros arrestos de rebeldía emancipadora?

¿Dónde están, directores de pueblos, caudillos de muchedumbres revolucionarias, vuestras iniciativas redentoras?

¿Dónde están, filósofos y sabios, vuestras esplendorosas luces que no inundan el mundo, el mundo de paz y de amor que dibuja vuestra ciencia proyectándolo en la dolorida conciencia humana?

La sangre del hombre tiñe la tierra; su carne descompuesta, la infesta; su alma corrompida, degradada, envilecida, brutalizada, la deshonra. ¿No sonará jamás la hora para todas las bárbaras hecatombes que el Estado fragua, la ley ampara y el hombre consiente?

¿No sonará jamás?

RAUL

Gijón.

## La Moral y el Desnudo

### Ética experimental

«Lo desnudo no es casto, como tampoco suele ser casto lo vestido.»

GÓMEZ CARRILLO

«El desnudo casto es el desnudo muerto.»

RAFAEL LÓPEZ DE HARO

¿Cómo definimos la Moral? Montesquieu, que lo tomó a gran empeño, la definió: «lo que un ser *hace* en virtud de su propia naturaleza.»

Otros moralistas rechazan esta definición, diciendo que «la Moral es lo que cada ser *debe ejecutar* en virtud de su propia naturaleza». Según aquella definición, la ciencia moral sería la simple descripción de las costumbres. Según esta otra, sería un *conceptualismo* simple, inestable y voluble como todo concepto; sería un *modo de ver*, que cambia según la vista de cada cual y según los reflejos ambientales.

Quedamos, pues, en esto: en que eso de *Moral* es una quisicosa asaz embrollada, en la cual quien más mira meros ve. Y en prueba de ello, obsérvese cómo una cosa es ser moral y otra cosa ser moralista, habiendo muchos moralistas inmorales, y muchos morales, animales y vegetales, que no son moralistas.

Acerca del desnudo de la carne, ¿dónde está la moral ó sea la virtud y el vicio? Lo dice sin querer un apotegma de

la botica catoniana: *la virtud está en el medio*. Este «enmedio» de la carne es el eje a cuyo rededor gira la moral, la religión y la política. Díganlo por este último extremo Madame Maintenon, Lola Montes y sus consortes. Por el segundo extremo religioso, díganlo Garín, San Antonio y Santa María Egipciaca. Por la moral... díganlo nuestras *ligas* con, de, en, por, sin, sobre la pornografía.

¿Qué vamos a hacer de, con, por y en ese «medio»? Según unos taparlo con la Hoja de Parra y cerrarlo con el candado de castidad. De este modo están los micos y los monos del Jardín de Plantas de París, a quienes no bastan las rejas de las jaulas. A los defensores de este sistema, parece suficiente respuesta la siguiente:

—¡Lástima grande que tu madre no hubiese sido tan casta como anhelas! De buen hipócrita nos habría librado!

Esto del desnudo y del vestido se ha hecho una cuestión batallona.

¿Es casto el vestido? Falso. Hágase la prueba.

Una mujer vestida con todas las de la ley, sacando sólo un dedo del pie y la punta de la oreja, se envuelve en una sábana de baño—y aparece en la Puerta del Sol... Junto a ella anda una serrana con las pantorras y pechuga al aire... ¿Qué ocurre en el público? Lo siguiente: Que *nadie ve* las pantorras y pechuga de la serrana soltadas al aire, y *todos ven* al través de la sábana de baño, la desnudez completa que no existe.

Este fenómeno puede comprobarse en los carnavales. Provoca más el erotismo espectador, una canilla asomada por el borde de una enagua, a través de una media calada, que muchas de las máscaras que enseñan todo lo enseñable en aquellos días.

La pornografía en este punto es un fenómeno complejo, de relación entre la fuerza excitante del objeto y la susceptibilidad excitable del sujeto.

La psiquiatría ha demostrado plenamente que en la función erótica, el sujeto, apartado del «medio» natural, recorre toda la escala de la perversidad, llevado de la ley fatal «defectu melioris», ó sea a falta de pan, buenas son tortas.

He aquí, pues, el planteamiento de un problema nuevo. ¿Las ligas esas llamadas antipornográficas, son en sí pornográficas?

Yo creo que nada hay más pornográfico que ellas. Por lo pronto, son focos de propagación de una manía contagiosa y equivocada.

Su principio filosófico es falso. Suponen el *erotismo* como propio de los objetos, cuando es precisamente un acto principalmente subjetivo y alucinatorio. Y es contagiosa la manía, porque un moralista hace ciento y del antipornográfico podríamos decir: lleva la castidad por fuera: su cerebro es una eterna orgía de indecencia.

«¿El desnudo casto es el desnudo muerto?» No sé si la pregunta equivale a esta otra: ¿el desnudo muerto es casto?

Respuesta terminante. Si el sujeto tiene a mano el desnudo vivo... el desnudo muerto es casto para él, a no ser un invertido como Vacher y como tantos profanadores de cadáveres. Si no tiene a mano lo vivo, será arrastrado por ley fatal «defectu melioris». Díganlo las monjas que no pueden contemplar la desnudez del crucifijo... doblemente muerto por ser objeto muerto é imagen de muerto.

La muerte es casta. Aquí no hay duda. Los muertos no sienten erotismos. Y así se considera muerto para la especie al insensible, que por ser insensible es incommovible. La vida es erótica de suyo, dentro de los fines de la especie, con peso y medida. Si no fuese por el erotismo de sus padres y abuelos ¿dónde estarían los antipornográficos? Dentro de algún espárrago.

¿De dónde proviene esta manía antipornográfica? En su forma actual, esta profesión procede de la concreción de muchos vicios sociales, no faltando en ellos tres particulares: *piensa el ladrón*, etc., por lo cual creen que todo objeto excita la perversidad de los demás, como la suya.

Otro vicio: el diablo harto de carne, se mete fraile. Es un vicio senil semejante al vicio de los *veedores*, que van al lenocinio *a ver*, cuando están estragados para hacer.

El tercer vicio social, el que acusaba San Jerónimo a ciertos castos de su tiempo, diciendo: «hacen voto de castidad para que padres y maridos les fien las llaves de las cámaras de sus mujeres é hijas.»

¿Qué van a conseguir estos maniáticos? Perseguir el desnudo... hasta amortajarnos.

Y después de amortajarnos, tendremos lo de la mujer envuelta en la sábana de baño. Con lo cual volverían loco al mundo, retrotrayendo al hombre a su estado simiesco, necesitado del cinturón de castidad como los micos del Jardín de Plantas, entre los cuales debieran figurar estos maniáticos, olfateadores de olores sexuales.

Sólo que además del cinturón, necesitarían antiparras castas y algodones en las narices, que es donde tienen la manía.

R. MAYOL

## Una gracia de la justicia

El juez de Valenzuela ha castigado a un padre que mandó inscribir en el registro civil a su hijo con el nombre de Nardo. El juez se lo ha cambiado por el de Ricardo, mi tocayo.

Comentemos este acto del juez serrano de Valenzuela, que por algo se llama Serrano de apellido. Es un auto «serrano», que ha promulgado la serrana idea herética, anticristiana y ultra-bárbara que vamos a ver en este texto sacado de la sentencia:

«La dignidad personal... es ofendida por consecuencias de llevar un nombre que la coloque a nivel inferior a la dignidad hu-



mana, cuya condición principalísima estriba en la diferencia que existe entre el hombre, poseído de inteligencia y voluntad, y la inanimidad puramente física, de los objetos, de las plantas, y de todo aquello que carece de vitalidad anímica.»

¿Qué clase de juez es este t. n ignorante del Catecismo y del Evangelio y del catolicismo?

¿No equivale esto á encarar e con Cristo y clavarle una multa por haber dicho á su primer vicario: «Simón... en adelante no te llamarás Simón de Jona, sino Piedra... porque Piedra eres...» ¿Acaso las piedras de Valenzuela poseen vitalidad anímica?

¿Acaso las cosas inertes no son capaces de culto y adoración? ¿No tenemos la Santa Espina, el Santo Leño, la Santa Sabana, los Santos Clavos, las Santas Llagas, el Santo Prepucio, el Sagrado Corazón, la Santa Sangre, el Santo Sepulcro, el Santo Pesebre y aun el Santo Pecado? ¿Y qué son los nombres de Pilar y Montserrat, más que nombres de cosas de piedra y de madera? ¡Oh, sabiduría católica judicia! Así blasfemas en los tribunales de las cosas que adoráis en el Templo...

El jefe de los apóstoles, Piedra se llamó por apodo del mismo Cristo, que en muchos pasajes místicos se llama á sí propio leño verde, cordero, león de Judá, estirpe de David, etc., etc...

Y los Papas ¿no se llaman Lobos y Leones? ¿acaso el León y el Lobo subliman y no degradan la dignidad humana?

¿Nardo... Nardo!... ¿Cómo te ha dado á la nariz del juez de Valenzuela el olor del Nardo? ¿Ignora que hay un Narciso hermano de la rta del Nardo? ¿Padece acaso alguna cripomanía que no puede aguantar el olor de la palabreja?

Mas, ¡oh ignorancia de los jueces teólo gos!

Ese juez no ha leído la Biblia ni ha leído el apellido Nardo aplicado á María Santísima por la propia Iglesia. «Nardo oloroso... flor de Libano... azucena... lirio!...» Todo, menos cebolla, ajo y puerro. Y no se corra el juez en aprovechar esta lección: y no discurra que por paridad puede proscribir otros nombres colindantes con el puerro.

La mostaza, por ejemplo, ya es título metafórico sagrado. «Como el grano de mostaza... segundo», dice el Evangelio. Y á los sacerdotes les llama «sal de la tierra... (por esto España es la tierra de la sal...) y faroles del mundo.» Por esto tenemos tanto farol.

Y á los jueces que se meten á juzgar lo que no entienden, el propio Cristo les bautiza «con los rabinos y fariseos, para llamarlos fatuos, víboras y asiliscos.»

¿Nardo!... ¿No hay algún San Nardo en el Martirologio civil de Valenzuela? Pues... sí señor; Nardo se llamaron un sobrino de Salomón, un yerno de Carlomagno, un abuelo del Papa y un hijo del moro Muza. Pruebe lo contrario el juez de Valenzuela.

Vitoreemos á ese juez Nardófoho, que ni sabe lo que significa Nardo, ni sabe que Nardo es componente de Bernardino, Leonardo, Renardo, Guinardo, y otros mil nombres; ni sabe que *Rcardo*, con cual nombre ha suplantado el Nardo, en el caló del idioma visigótico significaba cosa pecaminosa, tanto que, si renace el uso de aquella palabra, más nos valdría á los «Ricardos» llamarnos Petardos ó Medardos.

R CARDO MAYOL

(Ricardo, por obra de mi padre, y sin intervención de juez)

## Allá ellos

Leo en *El Consecuente*, de Reus:

«En una de las iglesias de Reus ha predicado esta semana un padre jesuita que se las trae.

Un día anuncia un sermón para hombres sólo y al día siguiente convoca solitas á las mujeres.

¿Qué dirá á los hombres que las mujeres no puedan escuchar?

¿Qué hará á las mujeres que no conviene que los hombres se enteren?

Nosotros no entramos ni salimos en esta separación de sexos, pero dejamos el problema para que lo resuelvan los maridos, padres, hijos y hermanos cuyas esposas, hijas, madres y hermanas concurren al sermón para mujeres solas.»

Pero si aquí no hay problema, querido colega.

Si los machos que citas permite cada uno á su esposa, madre, hija ó hermana que departa á solas con un cura en el confesonario, ¿qué razón podrán alegar para regarse á que lo escuchan rodeadas de tantas otras de su sexo? ¿El temor acaso de que el ministro del Señor emitiese en público palabras ó conceptos más atrevidos que en privado?

¡Bih! Eso sería ser tontos de solemnidad. Accediendo á lo más ¿cómo hablan de oponerse á lo menos?

## TRADUZZCAMOS

Parece que nos dió el naípe por ser muy españoles, lo que se dice unos patriotas acendrados; pero no te fies, lector, y si necesitas documentar un discurso ó un escrito—y esto de la documentación, sobre ahorrarte cavilaciones te dará patente de sabihondo—no se te ocurra decir, por ejemplo, «Jovellanos. Informe en el expediente de la Ley Agraria», ni «Flórez Estrada, Curso de Economía política», ni «Pi y Margall, Las Naciones», ni «Campomanes, La Educación Popular», porque si tal haces te tendrán las gentes por porro y baladí.

En cambio se ensalzará tu sabiduría si dices: Gaspard de Jovéllanos (con su acentito en l e, que no se olvide). *Me moire sur les lois agraires*; ó Flórez Strada, *Curso de economía política*; ó Pi und Margill, *Das Nationalitäten*, ó Campomanes, *The People's education*. Y más loores recibirás si prescindes en absoluto de los escritores nacionales—salvo si son neos injertos en sociólogos—y te consagras á estudiar, ó á citarlos aunque no los hayas leído, á los extranjeros.

Después de todo á extranjeros puedes acudir para estudiar cosas de España, y ahí están para no dejarme mentir D'izy, Ticknor, Weiss, Coxé, Mignet, Robertson, Haebler, Prescott, Morel Fatio, Watson, Forneron, Sakak, Irving, Humboldt, Moreau de Jónnes y otros y otros...

No caigas, pues, en la tentación de seguir el triste ejemplo de Campomanes, Jovellanos, Cabarrús, Uquijo, Caballero, Pi y Margill, Oliván, Company, Floridablanca, Picavea, ni te fies mucho de

que cada año traigamos tres ó cuatro días al retortero el nombre de Costa, por que sin contar con que trabajarás lo imposible para encontrar una verdad, no merecerás la atención de tus contemporáneos, así hable por tu boca Palas Atenea.

Ni pienses que para estudiar los problemas es necesario, ni siquiera útil, el conocimiento de los libros fundamentales que de él traten. Por ejemplo, si quieres saber lo que es el socialismo moderno, no has de leer á Marx, sino á cualquier comentarista ó definidor de sus obras; con todo, cítales cual si le hubieras estudiado á fondo, cuidando mucho de escribir Karl Marx y no Carlos. Y si pretendes saber algo del movimiento obrero español, no leas periódicos obreros ni nada de lo que aquí se escribió, sino agárrate á cualquier *commis-voyageur* de los que nos envía *Le Musée Social* de París, y él te dará materia para llenar diez ó doce amazotados folletines de diario, folletines que deberás encabezar con un título campanudo, v. gr.: «Prolusiones y camelancias.»

¿Que llegas á diputado, ó sea á legislador, lo cual es bastante fácil si te agarraste previamente á buenos faldones? Errarás de medio á medio si presumes que no estorba conocer la realidad nuestra para no hacer leyes á salga lo que saliere. Precisamente sobran revistas que dan puntual noticia de todas las leyes que van surgiendo por el mundo al objeto de labrar la felicidad de los humanos; así, que con unas *miajas* de francés y una chispita de italiano, puedes dejar en pañales á Licurgo que se presente. ¡Y no digo nada si se te alcanza algo de inglés! ¡Pues ábate si deletreas el alemán!

¿Estudiar lo nuestro, investigar, discutir? ¡Estás aviado si tal haces! Verás cómo te alejantán en fama y en posición los que entienden el camino que te digo, y sobre que nadie se acordara del santo de tu nombre, cuando alguna vez veas copiado ó citado algo que tú dijeras ó escribieras, será porque lo recogió alguna revista ó algún sabio de *extranjis*, que son los únicos que tienen autoridad para hablar de cosas de España.

En suma, lector; si quieres ser alguien ¡á traducir! Ganarás dinero, fama, honores, y te ahorrarás trabajo y quebraderos de cabeza, y no te comprometerás, porque como no has de decir nada que otros no hayan dicho...

J. J. MORATO

## La religión de los pueblos

Aunque á muchos les parezca tal vez absurdo, es lo cierto que hay religión republicana, religión absolutista y monárquica representativa; religión para las mujeres y religión para los hombres; para los intelectuales y para los analfabetos con sus graduaciones correspondientes. Por haberlo desconocido, por haberse empeñado las clases directoras españolas



en que no hay más que una religión, la misma para todos, hoy, mañana y perpetuamente, nuestra nación sufre una crisis crónica que, después de horribles padecimientos, puede acarrearle la pérdida de su personalidad.

La verdad de nuestra afirmación puede comprobarla cualquiera tendiendo una mirada sobre los países anglo-sajones y demás de cultura similar. Existen en todos ellos grupos religiosos constituidos desde las formas más monárquicas a las más autoritarias. El cuáquero y el darvita no reconocen ministro ni autoridad eclesiástica de ninguna clase; se juntan por coincidencia de ideas y de sentimientos, conservando la plena independencia individual. Más adelante se admite una sombra de autoridad delegada por los creyentes en el pastor, nombrado y sostenido por sufragio universal. Vienen luego toda clase de congregaciones libres y autónomas, que se hacen y se deshacen a gusto de sus clientes, y, aparte otras muchas formaciones, se destaca por encima la religión con ministros de «derecho divino», que no creen deber nada al pueblo, sino a una tradición arrancada de los primitivos.

Este que podríamos llamar «gobierno interior» de las religiones conocidas ó masas en el mundo culto, trasciende al gobierno exterior ó político de las sociedades, que será ultrademocrático, democrático, republicano federal, monárquico parlamentario ó monárquico absoluto, según la forma de religión que profese la mayoría de sus habitantes. La experiencia confirma esta teoría, como lo prueba una ligera investigación.

Comenzando por las naciones católicas, observaremos que han tendido al absolutismo, y cuando no ha sido éste posible, al unitarismo centralizador. La influencia de otras naciones las ha inducido a ciertas prácticas constitucionales ó representativas; pero las libertades locales han muerto en todas ellas, y en realidad se sienten gobernadas por oligarquías que no son sino una parodia ó imitación de la oligarquía eclesiástica, única reinante en los países católicos.

La forma religiosa más allegada a la católica es la anglicana y en cierta manera a la germánica, que tienen del catolicismo la tradición ministerial y de la protesta la independencia civil, sin llegar una ni otra a la democracia propiamente dicha. Esta se profesa en la religión de los cantones suizos, en la escocesa, en la de los sucesores de los Peregrinos que fundaron los Estados Unidos, y en general donde tienen fuerte arraigo la libertad y el gobierno del pueblo sobre todo género de despotismo.

En España nadie se ha ocupado de esto ni ha creído que mereciese siquiera la pena de saberlo. «Nos encontramos con la religión católica—dijeron los primeros liberales—y nuestro deber es respetarla y consolidarla, porque esto nada tiene que ver con las formas políticas y los derechos que pretendemos implantar. Sentaremos el sistema representativo al lado

de una religión que condena la primera de las libertades: la de la conciencia; la soberanía de la nación, al lado y enfrente de un poder que pretende ser soberano de la misma, como representante directo de la divinidad.» Hasta aquí ha llegado la lógica y el sentido común de los políticos españoles.

Contra este axioma de que cada pueblo tiene la forma de gobierno según la religión que profesa, no hay más que dos salidas para un país católico: ó renunciar á la religión colectiva, oficial, ó renunciar á la libertad.

La Democracia.

León.

## SACERDOTES CONTRA OBREROS

Para combatir la jornada de ocho horas y los buenos salarios, dicen los predicadores católicos que no conviene que el obrero esté mucho tiempo fuera del taller, ni que disponga de un jornal elevado, porque pasaría el tiempo en la taberna y se gastaría el dinero en vicios.

¿Y cómo saben esto los señores predicadores? ¿Acaso les ha enseñado la propia experiencia?

Entonces, los señores sacerdotes, que por media hora escasa que emplean en decir su misa cobran un jornal espléndido ¿pasan el resto del día embruteciéndose en las tabernas ó en otros lugares de vicio y corrupción?

Los señores canónigos, que por cantar un rato en el coro cobran más que muchos buenos artistas del teatro ¿dónde pasan las horas sobrantes y en qué se gastan sus magníficos jornales?

Lo mismo diremos de los obispos, que no sabemos dónde ni cuándo realizan su labor diaria, por la cual tienen sueldos y gajes que les permiten vivir como príncipes. ¿En qué emplean su tiempo y para qué necesitan los muchos millones que cobran del Estado y que sacan á los particulares?

¿Acaso los obreros son los únicos que se dejan arrastrar por el vicio y que han de sufrir jornales de hambre para evitarles el peligro de que malgasten su dinero? ¿Por qué no se aplican á sí mismos los predicadores la moral que quieren cargar sobre los demás?

Tal vez habría menos disputas para lograr una mitra, si los señores obispos hubiesen de vivir con un jornal de dos pesetas.

El Porvenir del Obrero.

## El jesuitismo alemán

Luis Araquistáin, cuyo nombre excusa todo adjetivo encomiástico, escribe desde Berlín un notable artículo sobre la misión de jesuitas en Alemania, publicado en *El Liberal* del día 26 de Febrero, en el cual se hallan estos párrafos:

«En Alemania los jesuitas no podrían crear una escuela a fuerza, porque sus medios particulares, por grandes que sean, no les bastarían nunca para competir con la escuela oficial. Basta ver lo que Alemania gasta al año

en instrucción pública, para convencerse de la impotencia del jesuitismo en este país. La infancia queda fuera de su radio de acción. En cuanto á los otros medios de influencia, la letra impresa y la palabra hablada, quedarían sin efectividad en un pueblo cuyas facundias críticas han adquirido un desarrollo genérico poco compatible con juegos de manos teológicos. Un país culto como Alemania no puede permitirse el lujo de transigir con el jesuitismo, y no sólo en nombre de principio de igualdad política, sino al modo de un zoológico que conserve una especie rezagada, ó á la manera del bacteriólogo que admite para la observación en su gabinete de trabajo un bacilo que sería fatal en un organismo débil».

Pasa enseñada á estudiar la cuestión escolar en España, y hace estas observaciones:

«Los anticlericales dan voces al aire; pero se olvidan de la verdadera base de la influencia religiosa, que es la escuela, única base sobre la cual se puede derrotar al clericalismo. En España hay que aislar el bacilo teológico; pero sólo se conseguirá esto comprendiendo una política pedagógica que tenga por resultado la creación de escuelas públicas superiores en todo á las que sostiene privadamente el clero».

Comentemos respetuosamente estas omisiones.

El ilustre escritor tiene motivos sobrados para conocer la realidad del ambiente alemán á las corrientes clericales. Dudamos, sin embargo, de que conozca suficientemente la adaptabilidad aparente jesuita al ambiente, su refracción íntima á la penetración de todo germen extraño, y sus facultades de fermentación y asimilación.

Ante el hecho de la admisión de los jesuitas en aquel Estado que los ha tenido proscritos hasta el presente, son no pocos los comentarios que surgen.

Lo primero es notar la contradicción de esta benevolencia con la malquerencia escolar que al jesuitismo profesó Alemania desde los mismos orígenes de la Compañía, y principalmente después que Federico II hizo el enayo zoológico y bacteriológico de que haba alhara Araquistáin, y del cual da la misma explicación que el rey á un amigo Voltaire. Se creía bastante fuerte y bastante ducho para luchar contra los bichos raros del jesuitismo, como se lo creyó Catalina de Rusia. Ben pronto experimentaron y se convencieron de su temeridad Rusia y Alemania, y más mal para ellos que llegaron á tiempo de poder barrer ciertos nacimientos la peste que amenazaba barrerlos á ellos.

¿Han cambiado los jesuitas? No. *Sint ut sint aut pon sint*. A los dejarán de ser jesuitas que cambiar en un pelo.

Ante esta contradicción de conducta, surge este problema: Quiénes son los mentecatos políticos alemanes que los tuvieron y retuvieron proscritos como única manera de contenerlos, ó los que ahora les abren las puertas?

El ilustre escritor de *El Liberal* estudia la cuestión solamente desde el punto de mira político y literario. Quizás un más importante sea el punto político de este casamiento entre el jesuitismo y el Estado alemán. Y quizá tengamos mayor afinidad con los alemanes que con otros pueblos los jesuitas. Loyola y Lutero son dos tipos gemelos en su constitución, temperamento y ambición, y aun en muchos puntos de su carácter. Solamente al fin de sus respectivas vidas la desviación que bien cabría atribuir á rivalidad. Lutero es el Loyola protestante, como Loyola es el Lutero católico. Los siglos han aportado al jesuitismo una gran cantidad de sangre alemana. Estando concordiada puede ser, pues, la restitución del hijo á la casa paterna.

Dejando aparte estos aspectos de la cuestión, no es de creer que Araquistáin se equivoque en sus pronósticos. Si la situación recíproca de penetrabilidad entre el alemán y el jesuitismo fuese de tal índole que a punta nuestro compatriota, esté seguro de que los jesuitas no querían entrar en Alemania.



¿Van? Su cuenta les tiene. Ni ellos son tan débiles como Araquistain cree, ni en Alemania todo el monte es de orégano.

En el mismo orden pedagógico «los medios particulares de los jesuitas, por pequeños que sean, bastarán para competir con la escuela oficial» por una razón sencillísima. Los jesuitas son dueños de elegir el sitio y ocasión de establecer la competencia y de retirarla a tiempo; lo cual no puede hacer el Estado. Bastarales un centro, donde concentren sus rayos, para eclipsar a todos los de su clase.

Además no van sólo a enseñar. La enseñanza es en ellos una pantalla para sus otros ejercicios, que constituyen el nervio de su acción. Med ante estos otros ejercicios, ¿cuál profesor alemán resistiría los ataques de la difamación jesuítica? Y destruidos los cabezas ¿qué les importan los demás?

De lo primero puede dar testimonio Haackel. De lo segundo responde la Historia de la secta.

El escritor parte, además, de un principio erróneo. Supone que los jesuitas destinados a Alemania serán de la calaña de grotescos idiotas que pululan en otras partes, lo cual es grandísimo error.

No les faltará como primera materia algún profesor oficial que se brinde a vestir el sayal jesuita; ni menos faltarán catedráticos aprovechados que dejarán sus convicciones profesionales en la calle para ir a la casa de alguna novia bien dotada. De esta primera materia sacarán holgadamente sus cuadros de maestros que funcionarán bajo las órdenes del consejo supremo, alemanizado desde hace tiempo. Y siguiendo las reglas de Ignacio, «disimularán al principio en lo que fuese menester, para entrar con ellos y salir con nosotros» ó en plata: se vestirán de alemanes para sacar a los alemanes hechos jesuitas, que es uno de los preceptos del Decálogo de artes diabólicas con que confeccionaron sus reglas.

«¿Espeje rezagable» el jesuitismo?... Mal conoce Araquistain la secta y su naturaleza.

Escoria de cada tiempo y de cada lugar, cultivada con lujo y esmero en las artes de la astucia, mientras existen las especies de necios y de confiados, el jesuitismo será una especie superior.

Ya verá Araquistain cuán pronto el bicho que él cree enfascado, se extiende como epídemia; y verá cómo el bicho raro que cree castrado y enjaulado, saca bichitos de sus ejercicios con las alemanas. Cuide de que esto no ocurra en su propia casa. ¡Hay tantos ejemplos de curiosos impertinentes que acabaron por ser padrastros de los hijos de sus mujeres!...

Más acertado anda el meritisimo cronista al hablar de España y de la inferioridad de la escuela oficial con respecto a la escuela religiosa.

En el señalamiento de las causas de esta inferioridad, no se ha indicado la principal y radical de todas las otras, a saber, la desconfianza que en su probidad administrativa inspiran al pueblo español las personas del Estado.

Todo el desarrollo adquirido en España por el monaquismo débese a los sentimientos benéficos ó reparadores de los ricos y potentados, de cuya filantropía y rectitud no cabe, en muchos casos, sospechar. ¿A quién confiar los bienes destinados a instrucción y beneficencia popular?

He aquí el fracaso de la Monarquía y de sus gentes. ¿Cuántos legados se han hecho a los ministros encargados de estos ramos? ¿Cuántos, a las instituciones provinciales y municipales hasta aquí creadas por la Monarquía?

La recusación hecha por las clases ricas, de la capacidad del Estado, es la más bochornosa acusación. Nadie cree en su honorabilidad, ni en sus rectas intenciones benéficas y de cultura.

Estos ricachones que entregan sus bienes a frailes extranjeros, suelen haber sido monárquicos en vida y enriquecidos con los chanchullos del Estado. Y así pagan a quienes les enriquecieron. Ellos van extrayendo mediante el sifón «Estado», del seno de la

nación, las riquezas que luego entregan al fraile.

Y de este modo, tenemos una Universidad central que no querrían para cochera los jesuitas del Instituto de artes y oficios, ni aceptarían como colegio de párvulos los maristas.

¿Cómo van a ser jamás las escuelas públicas superiores a las del clero, si el Estado que debiera oídar esta superioridad sirve de alcahuete, de gancho y de instrumento para lo contrario?

¿Cómo va a ocurrir esto, si en España no hay viuda de ministro ni abastecedor del Estado que al pensar en fundar un colegio, no case la idea con el fraile y la monjita, de cuya honorabilidad no tiene más pruebas que la ignorancia de sus negocios, y de cuya competencia sólo conoce las fachadas de los colegios y el babero ó toca de los profesores?

¿Qué vamos a crear escuelas superiores ni inferiores... ¿Qué vamos a privilegiar maestros?... ¿Qué política pedagógica ni que ocho cuartos...! ¿De qué y de donde vamos a sacar dinero, si no basta ya para llenar el pesebre de tanto borrego de la santa grey?... Condenados a los frailes sin remedio.

P. O.

## Que se lo coman

Regresó enfermo de América hace cuatro años un joven de Sotomayor, llamado José Amoedo Lusquiños.

Al morir ahora, su familia quiso que fuese enterrado civilmente, y el párroco interino tuvo insepulto el cadáver tres días, hasta que por fin decidió enterrarlo al lado de un camino, alegando la falta de cementerio civil. (Hay que advertir que los que mueren fuera de la Iglesia en Sotomayor, son enterrados en el cementerio civil del inmediato pueblo de Puentasampayo.)

Y le han dicho a La Lucha, de Vigo, que el cadáver está enterrado casi a flor de tierra, y que los perros rondan el sitio aquel ahullando.

Pues que se lo coman, ya que nosotros no podemos ocuparnos en esas pequeñeces, por estar dedicados su cuerpo y alma a civilizar el imperio marroquí, hasta ver si logramos que llegue a colocarse a nuestra altura en salvajismo.

## El Cristo de la escuela

«Ni el Cristo, ni el catecismo, ni el retrato del rey, desaparecerán de las escuelas oficiales.»

(El Presidente del Consejo a la Prensa y a los Padres de Familia).

Andan por estos anfurrales de la monserga católica, unos cuantos señoritos que forman baraja. Y como naipes de baraja se barajan y combinan entre sí, para formar, ora el Banco Católico, ora la Vela Nocturna, ora la Defensa Social, ora la Cofradía de San Marcos, ora la Liga antipornográfica, etc., e. c.

Con estas combinas viene a resultar que siendo dos docenas de caballeros, tifenen más sociedades que individuos, cada uno con una docena de presidencias y seis docenas de vocalías. Acá se llaman liga, allá asociación, á la entrada de la calle centro, á

la vuelta de la esquina cofradía; y con este juego fregolino marean a ministros y gobernados, enredan á todo el mundo y no dejan en paz a nadie.

Ahora los de la baraja se vistieron de Padres de Familia. No hay que confundirlos con los Padres de la Sagrada Familia, de cuyo titulejo resulta una blasfemia única; porque ellos nos cuentan que la Sagrada Familia estaba compuesta de Jesús, José y María. Y siendo ellos Padres de esta Familia, las tres personas de ella resultan ser hermanos: Jesús, hermano de José, y ambos hermanos de María, y los tres, hijos de esos Padres, que por serlo de los Padres de Jesús vienen a hacerse abuelos de Este, y siendo Padres de Este y de su Madre, niegan las paternidades del Espíritu Santo y aun la de José la de Joaquín y Ana, y no sé cuántas heregías más. Pero, en fin, el hecho es que en España, donde tenemos unos jueces que prohíben a un padre llamar Nardo a su hijo por considerar este nombre degradante de la dignidad humana, se consienten y premian estas blasfemias contra la religión oficial del Estado, que, por lo visto, reserva a sus paniaguados el derecho de blasfemar en concordancia con la Iglesia.

Ya lo saben los españoles: no llaméis Nardo a un hijo: llamadle Palo Santo ó Santa Bula; pero si le llamáis Nardo, el juez os lo cambiará por Ricardo.

Dejemos a ese juez con su Ricardo Petardo, y dejemos aun á esos Padres de la Sagrada Familia, que más propiamente se llaman Padres de la Horrible Blasfemia, y volvamos a los Padres de Familia del pecado, los de la baraja aquella, de entre los cuales puede haber alguno a quien los poetas de la España católica (cuando era católica y era España, y no era retrete del Vaticano) dirían á ellos en la persona de sus devotas mujeres:

«Circe: con tanto fervor á la devoción te aplicas, que sólo te comunicas con el padre confesor.

Suyos son tus regocijos y tuyos son tus pesares.

Temiendo estoy que, si pares, han de ser suyos tus hijos.»

Estos recelos tenían los poetas católicos de los buenos tiempos de la piedad; la cual, habiendo empeorado mucho, según cuentan, forzoso será que muchos Padres no sean más que padrastros ó primos de su familia.

Estos primos y Padres, siempre tíos (y que jamás usan el título de suegros y compadres), compuestos en baraja de Familia, al oír que el Gobierno iba a meter mano en la enseñanza de las escuelas, han dado un asalto al jefe, aturdiéndole con sus lamentos.

¡No!... no se quitará el Cristo de las escuelas.

De donde lo van quitando los frailes y curas, de sus iglesias y de sus altares.

Diríase que á la Cristolatria de antaño ha sucedido una Cristofobia horrible.

En los altares se ven imágenes de todos colores, de todos sexos, edades y profesiones; pero ¿Cristos?

Al lado de un San Cristóbal como un gigante que llena el altar, habréis de aguzar la vista como en un rompecabezas, si queréis hallar un Cristito de media pulgada.

Es verdad que lo mismo les ha ocurrido al Padre Eterno y al Espíritu Santo. Admitieron en su casa a los pobrecitos San Antonio, San Francisco, San Ignacio, Santa Marta... todos unos pobrecitos siervos de



Dios, que han ido desterrando del templo á Dios mismo. Si no sonase á blasfemia á los demivierges oídos de los de la Defensa Social, podríamos plagiar aquí el refrán castellano diciendo: «cría santos y te echarán de tu altar.» Y aquel otro: «por la caridad entra la frailería.» Los santos han hecho con Dios lo que todo jesuita con los huéspedes que les admiten en visita. Entran siendo mendigos de los dueños, y los dueños salen siendo mendigos de los jesuitas.

El Cristo, arrojado de su templo por los nuevos mercaderes, y conservado allí sólo en miniatura para que no se diga y por pura fórmula ritual, es relegado á las escuelas públicas.

¿Qué interés tienen en ello los Padres de Familia? ¿Qué puede enseñar el Crucifijo á los niños? ¿El Catecismo?

Pero si el Catecismo no es de Cristo, ni tiene que ver con El; antes bien es la falsificación del Evangelio de Cristo.

El *Universo* episcopal lo dice: el catecismo ha de ser católico-monárquico, es decir, un Evangelio al revés del que dejó Cristo, que ni fué católico ni fué monárquico.

Cristo dice:

¿Para qué templos? No hay más templo que el Universo... (no el diario de la calle de Olózaga). Todos sois templos vivos...

¿Para qué imágenes de Dios? Todos sois imágenes de Dios, y no imágenes muertas, sino vivas.

¿Rezéis?... ¿Para qué? Dios sabe vuestras necesidades y no necesita que sus hijos le lloren para darles lo que les conviene.

¿Ministros de Dios? Más que el ministro del rey es el hijo del rey. Todos sois hijos de Dios, y no necesitáis ante El de ministros ni de embajadores.

¿Iglesia... y sinagoga? Mi iglesia no es de percalinas, ni de fogatas, ni de humaredas, sino de espíritu y de verdad...

¿Ayunos, abstinencias?... ¿A qué viene? No dañan al alma los manjares que penebran por la boca y salen con las heces; sino los odios, jactancias, soberbias y embustes.

¿Catecismos?... Todo catecismo cabe en un papel de fumar: «ama á Dios y á tu prójimo».

Y todo lo demás es farsa.

¿Es esto lo que se hará decir al Cristo de la Escuela? No, seguramente; sino todo lo contrario.

Díganme ahora los Padres de Familia qué nombre merece el acto de poner en la Escuela ante los niños un Cristo á quien se le obliga á decir lo contrario de lo que dijo.

¿Y no desclava la diestra para azotaros la cara?

Bien: sosténgase el Cristo en la escuela va que lo van desterrando del templo. Pero los maestros háganle hablar la verdad y no la mentira; que hable como El quiere, y no como fonógrafo de los Padres de Familia.

Y si habla así... ¡pobre Cristo! ni dos meses dura en las escuelas. Los curas, frailes y cofrades serán los primeros que le arrojarán por la ventana, y dirán á los niños:

«¡No te fíes de ese Cristo; nos llama hipócritas á nosotros...! El!...»

¿No sabe nuestro catecismo, no conoce los preceptos de la Iglesia, ni oyó misa jamás, ni confesó, ni comió cerdo, ni rezó el rosario, ni llevaba escapularios, ni era cofrade del Sagrado Corazón, ni daba dinero á los frailes...

«Por eso le mataron los sacerdotes judíos, de quienes descendemos nosotros.

«O dice lo que nosotros queremos que diga, ó hay que expulsarlo otra vez de la tierra...»

EL DOMINE CABRA

## Remitido

Sr. D. José Nakens:

Admirado y querido maestro: Con esta misma fecha dirigimos la presente carta á D. Vicente Barrio, presidente de la Unión Nacional de Ferroviosarios españoles, enviando copia á D. Pablo Iglesias y á don D. Roberto Castrovido.

«Estimado y querido compañero: dispenseme si fuese importuno el asunto que motiva estas líneas.

Entendiendo que la Federación Nacional de Ferroviosarios se ha creado para defender la justicia en todas sus manifestaciones, como asimismo la Unión General de Trabajadores, y que todas las sociedades obreras están obligadas á cumplir ese fin primordial; y temiendo que España va á presenciar una gran injusticia y una gran vergüenza, puesto que á los gobiernos que en mil ocasiones la llenaron de oprobios y de vilipendio después de arruinarla, no ha de importarles gran cosa ponerla en ridículo una vez más ante el mundo civilizado; es por lo que creemos honradamente que debemos intervenir nosotros, los *pequeños, los sin patria, la plebe*, para impedir que sea deshonrada una vez más la patria de nuestros enemigos.

Nos referimos al caso insólito del matrimonio del Sr. Pey Ordeix, redactor de EL MOTIN.

Este matrimonio, que toda España sabe en las circunstancias especiales que se realizó, gracias al talento y los pulmones del Sr. Pey, trátase de anularlo por la jesuitería, aprovechando la influencia que ésta disfruta en las altas esferas oficiales.

Eso no debe consentirlo la España liberal, y antes que pasar por esa nueva humillación ante la pezuña del fraile, nosotros, los innominados, no queremos hacernos cómplices con nuestro silencio de tan grande infamia; por lo tanto, invitamos á toda la prensa y colectividades, desde el más tímido liberal hasta el más furibundo anarquista, á hacer una gran campaña de agitación, y si preciso fuera, llegar hasta á la huelga general en toda España.

¿Que la intervención de las citadas Federaciones en este asunto es improcedente, porque el Sr. Pey no es obrero? No estaría en lo cierto quien tal objetase. El Sr. Pey es innegable que es un obrero del pensamiento, un obrero de la inteligencia; es más, es un maestro de los obreros. Por otra parte, no van contra el señor Pey Ordeix esos hediondos ataques de bilis reaccionaria, sino contra la *Santa* libertad por quien todos suspiramos.

¡España liberal! ¡No consientas que sea

ultrajado en sus derechos uno de tus más preclaros hijos!

¡Obreros en todas las artes y en todos los oficios! ¡Defendamos al más sabio y al más bueno de nuestros compañeros!

FELIX LUNAR LÓPEZ.—RAFAEL PELEJINO RODRIGUEZ

Nerva 1-3 913.

## Sucedido

Doña Trifina vuelve á su hogar muy sofocada.

—¿Qué te pasa, querida?—pregunta su esposo D. Caprasio.

—¡Una cosa horrible! ¡Que me han robado! ¡Llamé á los guardias, pero no han podido coger al ladrón! ¡Canalla! ¡Bandido!

—¿Y qué te han robado?—prosigue el esposo bastante alarmado.

—¡El bolsillo! ¡Dieron un tirón y escaparon con él!

—Con el dinero dentro, naturalmente.

—Gracias á Dios, no. El P. Potenciano se quedó con él para las necesidades del culto. La Virgen Santísima iluminó al sacerdote; si no, el ladrón se hubiese llevado también el dinero.

## Glorias del carlismo

*Se ha puesto á la venta la Hojita 4.ª, cuya lámina representa el acuchillamiento, faltando á la capitulación, de sesenta y cinco hombres entre soldados y nacionales en Noguerauelas, el año 1835.*

Precio: 50 céntimos el ciento.

## Bibliografía

*La Guerra Italo-Turca* (1911-1912), por José Brissa.

Es una relación completa y detallada de las operaciones militares realizadas por el ejército italiano en la Tripolitania, la Cirenaica y el Mar Egeo desde el 30 de Octubre de 1911, que comenzó la guerra, hasta el 18 de Octubre de 1912, que se firmó la paz.

Aparecen en la obra, con todo el relieve necesario, las figuras de los generales, jefes, oficiales y soldados que más se distinguieron en el curso de la campaña, y se narran los más salientes episodios sangrientos y heroicos dignos de recordación.

*La Guerra Italo-Turca* está ilustrada con 235 grabados fotográficos, retratos, planos, mapas, etc., y forma un voluminoso libro en 4.º (25 por 16 y medio centímetros), de 688 páginas, impreso en excelente papel satinado y con una artística cubierta al cromo, pintada por M. Navarrete.

Precio: 10 pesetas en rústica y 12 pesetas encuadernado. Los pedidos á la Casa Editorial Maucci, Barcelona.



# EL MOTIN



Asignatura que los diputados carlistas piensan proponer que se haga obligatoria en los Seminarios.  
Ayuntamiento de Madrid



# Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.	
Suma anterior.....	662'15
Manuel Ibars, (Binefar)...	0'45
Federico Ballesteros, (Cádiz)..	5'00
Luciano J. García, (Idem)...	5'00
Victor Monzon, (Mora de Rubielos).....	4'00
Juan Salabarnada, (Mauresa)..	4'00
José Frías, 2'00.—Arturo Frías, 1'00.—Manuel Frías, 1'00.—Eliás Lorca, 0'50.—Juan Cortés, 0'25.—Rafael Arrebola, 0'25.—Juan Ruiz, 0'50.—Ricardo Tena, 0'50.—Mariano Lorca, 0'50.—Romualdo García, 0'50.—Antonio Vivas, 1'00.—Manuel Pérez, 0'50. (Todos de Alfarnate).....	8'50
Hipólito Espinosa, (Belorado).	0'15
Marte, (Madrid).....	5'00
Julián Beguería, 1'00.—Luis Ujedo 1'00.—Frutos Tirapo, 0'50. (Los tres de Uncastillo).	2'50
José Gil Pineda, (Las Palmas).	5'00
Miguel Martín, (Azuaga)...	3'50
Fructuoso López, (Valencia)...	1'50
P. Vilalta, (Barcelona)...	5'00
V. García, (Madrid).....	0'50
Braulio Rodríguez, 25 céntimos semanales hasta 5 pesetas, (Idem).....	0'50
Juan Corrales, (Idem).....	1'00
Manuel García Pérez, (Crevillente).....	0'50
La niña Teresa Sánchez Pérez, (Madrid).....	0'50
José Sánchez Candela, (Idem)...	0'50
Felipe Cepedano, (Vigo)...	10'00
Daniel Manrique, (Torquemada).....	0'50
Sres. Siquete y Herrasti, (Madrid).....	1'00
Braulio Algarra, cinco pesetas mensuales por un año, (Valencia).....	60'00
Roberto Enquix, (Tabernes de Valldigna).....	1'00
Elodia García, (Idem).....	1'00
José Grau Pallás, (Idem).....	1'00
C. P. (Ferrol).....	25'00
Julián Mencia, 0'10.—Paulino Manjo, 0'10.—Pío Arrese, 0'10.—Joaquín Inza, 0'10.—Juan Cruz, 0'10.—Florentino Larrañaga, 0'10.—Eulogio Elorriaga, 0'10.—Leandro Elorriaga, 0'10.—Jacinto Manso, 0'10.—Benigno Galarza, 0'10.—Tiburcio Garicano, 0'10.—Atanasio Lizarralde, 0'10.—José Alberdi, 0'10.—Francisco Arana, 0'10.—Gregorio Benoya, 0'10.—Ignacio Zabaleta, 0'10.—Juan José Unamuny, 0'10.—Julio Jauregui, 0'10.—Antero Goyeneche, 0'10.—José Esperien,	
Suma y sigue. . .	814'75

Suma anterior..... 814'75

0'10.—Adrián Garate, 0'10.—Pedro Unamuny, 0'10.—Isaac Larreategui, 0'10.—José Bilbao, 0'10.—Herminegildo Arriete, 0'10.—Nemesio Berroja, 0'10.—José Fortela, 0'10.—José Ortiz, 0'10.—Juan Arostegui, 0'10.—José María Arambum, 0'10.—Julián Berrioza-balgoitia, 0'10.—Toribio Jauregui, 0'10.—Esteban Madina-beitia, 0'10.—Victoriano Telleriarte, 0'10.—Juan Telleriarte, 0'10.—Alejandro Marresaro, 0'10.—Luis Pérez, 0'10.—Genaro Aánchez, 0'10.—Clemente García, 0'10.—Isaac Zubiaery, 0'10.—Nicasio Equizabal, 0'10.—Félix Aguirregabiria, 0'10.—Tamás Martínez, 0'10.—Julián Ortega, 0'10.—Cándido, Aguirregabiria, 0'10.—José Ibarra, 0'10.—Sebastián Una nuy, 0'10.—José Beitia, 0'10.—Francisco Alvarez, 0'10.—Bienvenido Jauregui, 0'10. (Todos de Vergara)..... 6'00

Suma y sigue..... 819'75

## Para europeizarnos

### El Catecismo en las escuelas

La prensa del día primero de este mes de Marzo del año de desgracia 1913, dice: «Al recibir ayer el jefe del Gobierno á los periodistas, dijo que en el mundo ultracatólico se ha producido gran agitación con el solo anuncio de los propósitos que tiene el Gobierno de reformar la enseñanza, declarando no obligatoria la enseñanza del Catecismo en las escuelas. —Ese movimiento—añadió—donde más intensidad ha tenido es en Cataluña. Entiendo que, tanto las derechas como las izquierdas, desde sus respectivos puntos de vista, están fuera de razón. Cuando las izquierdas dicen que la reforma no vale la pena, me dan ganas de no hacer nada; y también estimo poco acertado que las derechas crean que se va á acabar el mundo porque se lleve a efecto ese propósito.

He recibido—siguió diciendo el presidente—un furibundo telegrama de las señoras católicas de Barcelona, en representación de todas las de la región catalana, en el que me dicen que sólo el anuncio hecho por el Gobierno de que se propone declarar no obligatoria la enseñanza del Catecismo, ha herido vivamente los sentimientos religiosos de las damas españolas; que eso lo hace el Gobierno para congraciarse con los sectarios por presión de éstos; pero que las mujeres españolas no consentirán que se trate por el Gobierno de que sus hijos pierdan la fe religiosa que con tanto honor ellas ostentan, y que el Gobierno cuente siempre, si se decidiese á introducir la reforma, con la más enérgica, tenaz, constan-

te y resuelta oposición de las mujeres españolas.

«Firma el telegrama la señora viuda de Miguel y Badía, por sí y en representación de las demás señoras católicas de Barcelona, Tarrasa, Mataró, Sabadell, Cornellá y otros pueblos».

Como se ve, la cuestión es magna é imponente. Esas señoras católicas ¿con qué nos amenazarán? ¿Con la huelga de esposas, imitando á las numantinas que se hacían pagar cada favor á los maridos ó no maridos, con una cabeza de romano?

Desgraciados nosotros el día en que estos maridos, enfurecidos por la huelga de sus mujeres, se echen á la calle con las armas en la mano, según reza la zarzuela de marras.

¿O se declararán en huelga de rezos, y nos dejarán sin el auxilio de Dios y á merced del Diablo? ¿O esperarán á Romanones á la salida del Congreso para estropearle lo estropearle?

Sólo por poner á prueba el genio de las bravías devotas, debía el travieso conde hacer el ensayo de «hacer perder la fe religiosa... á los hijos de estas furibundas amazonas.»

No conocemos los nombres de estas panteras: sólo nos da el Presidente el nombre de la Generala: la viuda de Miguel y Badía. Pero... señora viuda... y más señora cuanto más guapota sea... Señora, digo: ¿en qué escuela pública ha educado usted sus hijos? Porque podía ocurrir que ninguna de las firmantes, tenga un hijo que haya pisado las escuelas municipales, en cuyo caso sus protestas no son por la salvación de sus hijos, sino por la perdición de los hijos ajenos.

Dejemos al señor conde en manos de estas leonas católicas y respondamos á la alusión que hace «á las izquierdas», en cuya vanguardia tenemos el honor de formar.

En estas izquierdas somos judíos, musulmanes, budistas, cuáqueros, ateos y todos los no católicos. El conde se lamenta de que no nos entusiasme su idea, y ahí van algunas razones asaz contundentes.

1.º Porque esta medida debe estar concordada con Roma por bajo cuerda, sin lo cual la monarquía no se atrevería á indicarla siquiera. Y, siendo concordada... su cuenta le tendrá al Vaticano, y él es quien debe celebrar la idea, soltando las riendas y las ligas de las señoras católicas, cuyo estrépito no hemos de aumentar las izquierdas con danzas de alborozo.

2.º Porque la enseñanza del catecismo en las escuelas, en manos de maestros hábiles sería una asignatura de feroz anticatolicismo, bastando para ello poner en continuo parangón las mentiras religiosas con las verdades científicas de otras asignaturas.

3.º Porque con el catecismo obligatorio se ha hecho impío todo el pueblo español; por lo cual, ¡venga catecismo!

4.º Porque con esos cubileteos públi-



cos, la monarquía intenta desarmar la ira española, para seguir sus negocios secretos con el clericalismo, cuya personalidad más inquisitorial y repulsiva, la *Defensa Social*, ha sido incluida en las listas de sociedades de Beneficencia monárquica, en el reparto de limosnas de Palacio. Ahí está el *espíritu* y la tendencia monárquica.

Por todo lo cual, importa un comino á las izquierdas la medida del Gobierno, y no hemos de hacerle el juego acudiendo á su capote concordado, tendido á la opinión. En otra parte duele.

Dice bien Romanones al decir que está por no hacer nada.

Pertenece á los anticlericales á la moda de aquél de quien el Vaticano dijo: «era anticlerical... pero excelente católico...» Como quien dice: «anticlerical por la misericordia de Dios y por gracia de la Santa Sede.»

De aquellos que hacen el bien para poder hacer mejor el mal.

Entendido.

## Los bastidores del Vaticano

Todo el que haya buceado algo en la vida íntima de la Iglesia, no ignora que en ella todo se vende y es objeto del tráfico simoníaco más escandaloso; llenaríamos centenares de números de este semanario citando casos auténticos, indiscutibles. En la imposibilidad material de hacerlo, ahí va un lance reciente, que está fresquito y coleando, el cual debían ventilar los tribunales de Roma el 2 de Enero pasado, pero gracias á las influencias vaticanistas el asunto ha sido diferido por la curia, quién sabe si para siempre. Ya lo veremos.

D. Estanislao Mosciaro es un sacerdote italiano que por no sé qué trapisondas tuvo que emigrar al Brasil, y una vez allí, comenzó á cavilar que teniendo dinero era muy tonto resignarse á ser toda la vida un clérigo paria, y que podía aspirar á algo más dentro de una institución donde de todo se consigue con dinero. Por tanto, se puso al habla con los señores siguientes, muy peritos y duchos en los llos del Vaticano:

D. Francisco Cantelmo, doctor y cate-drático de derecho civil y canónico, prelado doméstico del Papa, protonotario apostólico, párroco y vicario de la archidiócesis de Taranto y de la Colegiata de Granaglia, etc., etc.

D. Godofredo Brumer, archivero de la secretaria de Estado del Vaticano, profesor del colegio de *Propaganda Fide* y ojo derecho del cardenal Merry.

Don Jacinto Vasseffa, alto empleado del Vaticano, y cura prodigio para los llos de dinero.

Monseñor Salvador Scanu, obispo de San Marco Argentano y Bisiquano.

Don Delindo Ruotolo, sacerdote napolitano.

Lo primero que necesitaba el cura Mosciaro eran unas letras testimoniales de buena conducta de su obispo, y éste, según declaración del sacerdote Ruotolo, condescendió en dárselas, aunque no podía hacerlo en conciencia, si Mosciaro le entregaba cierta cantidad de dinero y un billete de libre circulación en primera para los ferrocarriles. Monseñor Vasseffa se encargó de tramitar este asunto.

Como veían que el pez picaba, Cantelmo le escribió lo siguiente: «Roma ha sido siempre venal; por dinero da honores y empleos si se los pagan bien. Tú no conoces la médula de Roma; si tú pagas yo me encargo de que halles abiertas todas las puertas. Yo obtendré tu nombramiento de protonotario y aun de obispo de alguna diócesis de América.» El clérigo ambicioso sintió hacerse la boca agua ante tan risueño porvenir, y soltó seis mil liras á los truchimanes citados, y esperó impacientemente los ansiados nombramientos.

Los honorables señores citados se repartieron las 6 000 liras, y á las cartas apremiantes del cura le respondían que tuviera paciencia que todo se arreglaría, y que trabajaban sin descanso para complacerle; pero viendo el cándido cura que el tiempo pasaba, y que el episcopado no venía, se lió la manta á la cabeza, y presentó una denuncia contra todos ellos ante los tribunales por estafa.

La sociedad de especuladores no contaba con este golpe de audacia del clérigo explotado, y no sabían cómo echarse el muerto unos á otros, cargando toda la responsabilidad sobre Cantelmo y Vasseffa. Estos se defendían diciendo: que sus promesas no eran fantásticas ni había tal estafa, sino *reales*, pues en el Vaticano es esto cosa corriente en las esferas altas y bajas y todo el mundo sabe que por dinero se obtienen honores y títulos eclesiásticos.

Como la vista debiera haberse visto el 2 de Enero, el Vaticano necesitaba una víctima expiatoria para quedar bien, y ha sacrificado al más débil, que es Vasseffa, del cual decía el *Acta Apostólica Sedes*, del 12 de Enero:

«Advertencia: Se hace presente á todos aquellos á quienes pudiera interesar que el Sr. Jacinto Vasseffa no es admitido para tratar ningún asunto cerca de las Congregaciones, y otras oficinas del Vaticano, y es más: le está prohibido el acceso á las mismas».

Se dice que este señor está indignado y dispuesto á contar muchas y muy sabrosas cosas, pues está en posesión de muy sucios secretos de la Santa Sede y conoce sus hombres á todo fondo.

El cura denunciador está recluido en una casa de corrección clerical, y no le auguro muy buen fin, pues el Vaticano no le perdonará jamás el que haya sacado al público sus inmundos guñapos.

Y el Estado italiano, siempre complaciente con el Papa, difiriendo la vista del proceso, y procurando echarle tierra encima, oficiando siempre de cómplice benévolo en las trapisondas del Vaticano.

Y luego mucho hablar de la intransigencia clerical y del antipatriotismo pontificio. Allá se van unos y otros.

FRAY GERUNDIO

## Otro rayito impío

Entra un rayo en ganas de dar un pasito por el espacio, y hacer una de las gracias que suelen sus correligionarios, y va, ¿y qué hace?, se acerca á la iglesia de Ribadumia, entra, derriba la torre, destroza la bóveda correspondiente á dos arcos de los tres que componen el edificio, se ensaña ferozmente con las campanas, y ejecuta otra porción de barrabasadas por el estilo; piedra del templo hubo que fué á parar cincuenta metros más lejos.

Y la redacción de EL MOTIN...

¡Al Africa! ¡Al Africa!

## La conquista de España

Bien haya el zaragatero y demoniaco Romanones, y sea su gobernación la llave magnífica que nos abra las fronteras, y conquiste naciones y nos adentre en Marruecos—no hay mala intención en el deseo, ni menos la de compararnos—y, finalmente, ese hijo espiritual de Mefistófeles consiga nuestro adueñamiento de toda el Africa, llegando el Ejército, por mandato gubernamental, no á Tetuán, sino á los confines donde el Cabo de Buena Esperanza, pasada la Hotentocia y cruzados el Transvaal y la Colonia del Cabo, es acariciado por las olas del Atlántico.

¿Qué menos desear á Romanones, travieso como un gatito, y á los fervidos adoradores de las expansiones coloniales?

Ya que no podemos saltar el Pirineo, saltemos por sobre un mar ó andemos sobre sus aguas, olvidemos á la patria por adueñarnos de patrias ajenas, y gritemos: ¡Al Africa! ¡Al Africa! ¡Conquistemos el predio colindante, y quede yermo y lleno de espinos nuestro campo!

¡Al Africa, españoles que tenéis hambre, pasad Tetuán formando un ejército de hombres que no comen, y disponeos á comer las legiones bárbaras que defiendan la tierra donde nacieron! Comed, tragad, devorad africanos. No hacen falta los fusiles, los cañones, las organizaciones militares, el alto mando de un gran Estado Mayor. Póngaseos en Marruecos—hágalo así el Sr. Romanones,—y con la fuerza de la miseria y la desesperación de que los gobiernos monárquicos os hacen morir, ni las legiones de bárbaros asaltando el imperio romano, ni Josué deteniendo la luminaria solar, ni los ejércitos de Alemania y de Francia y de Inglaterra coligados, podrán detener la colosal irrupción de la raza que lleva en su estómago la rabiosa locura de un hambre de muchos siglos.

Estamos en hora propicia para colonizar. Vamos á demostrarlo.

La agricultura sigue los magnos adelantos de Santa Rutina; el Comercio y la Industria casi no se han dado cuenta de que parece que hemos llegado á un tiempo llamado siglo xx, de civilización en otras naciones; un ochenta por ciento de españo-



les no sabe leer; un noventa y cinco por ciento de españoles no han aprendido á vivir civilizadamente; los extranjeros vienen á España, y desde Canarias á Bilbao se hacen dueños del territorio, pues compran cuanto tiene gran valor; Compañías de capitalistas ingleses y franceses construyen las obras públicas que el Gobierno aprobó para construir por cuenta propia, y no sólo no quieren el dinero del Estado sino que terminan en cuatro meses lo señalado para dos años, y raudales de oro norteamericano y de prácticas norteamericanas nos asombran en nuestra misma casa patria; los servicios públicos están como en tiempos de Fernando VII; hemos perdido un imperio colonial por no saber gobernar, pues lo convirtieron en nido de bandidos legales y en repugnante esclavitud de dos razas; están sin cultivar en la Península dos terceras partes de tierras fértiles; hemos dejado que se desmoronasen pueblos que ocupaban parte de la privilegiada región andaluza; los maestros no pueden comer en los últimos días de cada mes si no les presta el industrial, pues apenas cobran para poder vivir; el caciquismo ampara al asesino y autoriza la violación de los códigos, y permite todas inmundicias; algunas regiones se despueblan y otras se despoblarán; nuestras aldeas no tienen ni cementerio donde puedan descansar tranquilamente los muertos, pues en algunas les hociacan los perros, y en otras un aluvión arroja al río los cadáveres.

¡Ah! ¿No basta la enumeración? ¿Contenúmonos?

Relataremos un hecho.

La ignominia, el baldón puede probarse. Vayan á cierto pueblo de la provincia de Zaragoza, que de allí saldrá todo buen español gritando: ¡Al África! ¡Al África!

Y fué...

El año 1912 se declaró el tifus exantemático en aquel pueblecillo, no alejado, ni mucho menos, del comercio de las gentes, sino á pocos kilómetros de Zaragoza.

Los ricachos tuvieron pánico, las autoridades sintieron miedo, los vecinos temieron el contagio, los enfermos fueron abandonados, completa y miserablemente abandonados.

Una mujer, una infeliz que apellidan la *Monja*, dijo al Ayuntamiento que prestaría sus servicios á los tíficos. Y, gozosamente, le ofrecieron remuneración.

En veinticinco días murieron algunos enfermos, que sólo tuvieron asistencia de su esposa, sus hijos y la *Monja*.

Los cadáveres fueron trasladados por la familia MONTADOS EN ASNOS, y tres niños, EL MAYOR DE DOCE AÑOS, llevaron á su padre ARRASTRÁNDOLO POR NO TENER FUERZAS PARA LLEVARLO EN BRAZOS, hasta dejarlo en la sepultura.

A la *Monja* le pagaron CINCUENTA REALES... EN RECIBOS DE CONSUMOS. ¡El digno Ayuntamiento!...

¿Se quiere narración de centenares de casos iguales al relatado?

Después de la demostración de nuestra prosperidad, sólo debemos pedir al ilustre hijo espiritual de Mefistófeles, al travieso y zaragatero Sr. Romanones, que por decreto gubernamental obligue á que todo español vocifere:

—¡Al África! ¡Al África!

Y que por Real decreto, imponga el entusiasmo nacional.

AMADEO ANTON

## "Efemérides republicanas"

Por L. Abans

Hemos leído con singular placer el volumen primero de las *Efemérides republicanas*, que ha empezado á publicar nuestro distinguido correligionario D. Leovigilio Abans.

Empezó en el 11 de Febrero. No sabemos cuándo las terminará. Abans, como nosotros, querrá ponerlas término con esta efeméride: «Día tantos: Es allá la revolución y se proclama la República.»

El primer volumen dedica largo espacio al día 11 de Febrero de 1873, por lo que abarca poco; llega tan sólo al 30 de Junio de ese mismo año.

La empresa acometida por el Sr. Abans no tiene nada de sencilla. Faltan elementos. La Historia contemporánea está por hacer. Del movimiento republicano se ha escrito poco: obras limitadas á determinados períodos; la *Historia de la revolución*, de Blasco Ibáñez; *Pi y Margall y su tiempo*, de Vera y González; la *Historia del partido republicano*, de Rodríguez Solle; los *Anales republicanos*, de D. Antonio Sánchez Pérez; los *Apuntes para escribir la historia de la República del 73*, que escribiera Pi y Margall; fuera de esto y de las Historias generales de Morayta, Ortega y Rubio y Pi y Arsuaga, y la apasionada diatriba de Bermúdez, no hay más que monografía, los *Diarios de las Sesiones* y la Prensa de aquella época. Todo lo ha estudiado el Sr. Abans, paciente buscador, quien con esos elementos y el auxilio de su memoria y del relato de testigos, ha compuesto su obra con verdad y grande acierto.

El Sr. Abans, con talento, discreción y buen gusto, poco comunes, separa la cebada del grano, prescinde de lo superfluo y da lo principal.

Esto, que parece fácil, es difícilísimo, porque suele acontecer que lo principal para dar idea de una época, de un acontecimiento, de un suceso ó de una personalidad, es lo que al distraído ó al ignorante puede parecer superfluo—un suelto de periódico, una frase oratoria, un gesto, una caricatura, una simple gaceta.

El Sr. Abans, con inteligencia superior á su cultura, pues no es este querido amigo un docto, un universitario, sino un obrero educador y maestro de sí mismo, ha comprendido, por rara intuición, la Historia muy á la moderna, como la entienden los grandes historiadores, desde Maculay á nuestro Danvila.

Es el Sr. Abans conciso, claro, veraz é imparcial. Es también, casi siempre, impersonal, aunque suele con sobriedad y acierto comentar algunos sucesos.

Feliz ha estado al recoger lo que dijo la Prensa acerca de lo sucedido el día 11 de Febrero. El juicio que expuso *La Época* no agradará mucho al colega maurista, que entonces no se consideró ni entre los vencedores ni entre los vencidos.

No menos acertado nos parece la re-

producción de cartas, poco conocidas y casi olvidadas, de Suñer y de Estévez.

En suma: el Sr. Abans ha realizado acertadamente una obra útil, no sólo para el partido republicano, sino para la Historia Nacional contemporánea. Acredito á que se le aliente con el merecido aplauso y á que se le estimule á proseguir las *Efemérides republicanas* comprando este primer volumen, que sólo cuesta 1'50 pts. Lo ha editado muy bien, con su acostumbrada elegancia, el Sr. Beltrán, y los pedidos pueden dirigirse al autor, Fernando el Católico, 3.

Felicita nos muy sinceramente al señor Abans, cuya obra nos ha deleitado y complacido mucho.

El País.

Copio este juicio con el cual estoy conforme en un todo, porque la falta de tiempo me impide emitir el mío.

## Sevillanas

Información de *El Liberal* de Sevilla del día 23 del actual:

«La Hermandad de la Virgen de la Esperanza y Jesús de la Sentencia, establecida en la parroquia de San Gil, celebrará un solemne septenario á la Virgen, dando principio el día 3 de Marzo, á las siete de la tarde, siendo el orador D. José de Vido y Satorstán, cura de San Pedro y San Juan Bautista.»

El último día de septenario se dará la bendición sacramental antes de la reserva y á las nueve de la mañana se celebrará misa, distribuyéndose la Comunión.

Esta Hermandad hará estación á la Catedral, con sus imágenes, la madrugada del Viernes Santo.»

Mañana, último día del quinario que celebra la Hermandad de Nuestro Padre Jesús de las Penas y Nuestra Señora de la Gracia y Esperanza, establecida en la parroquia de San Roque, se verificará el cumplimiento pascual en la misa solemne, á las nueve de la mañana; y por la noche dará la bendición el provisor de esta diócesis, D. Miguel Quintillo y Rosales, hermano mayor de dicha cofradía.»

A continuación de tan interesantes noticias y sin duda para desagrar á la andante chulería del varapalo que hubo de aplicarle Eugenio Noel en sus conferencias contra el flamenquismo, *El Liberal* abre un concurso en sus propias columnas, donde pueden dar su opinión todos los aficionados al toreo sobre cuál matador de toros posee «mayor destreza, arte, (sic) valentía y demás condiciones que constituyen el mérito de un buen torero» (Textual.)

Pero dejemos á un lado la cuestión de la torería y concretemos esta crónica á censurar la información religiosa del colega.

Hay algo más repugnante que el espectáculo de una muchedumbre ignara masacullando oraciones á un Dios imposible, y es el hecho de ver á hombres de la cultura y del talento de los que escriben en *El Liberal*, completar la obra infame de la Iglesia, mojando sus plumas en la asquerosa ciénaga del clericalismo; arrojando pelladas de ese cieno al cerebro de esa misma multitud, en vez de llevar á él el rayo de luz que dispara de una vez para siempre las tinieblas en que se halla envuelto; misión la más noble y la más dig-



na á que pueden consagrarse los hombres que se vanaglorian de ser espirituales obreros de la regeneración de los pueblos.

¿No es verdaderamente escandaloso que un escritor, liberal por añadidura, nos hable seriamente en pleno siglo xx de Nuestra Señora de Gracia y de Nuestro Padre Jesús de las Penas, de quinario, septenario, bendición sacramental y reserva?

Como no puede admitirse, lógicamente pensando, que los hombres que colaboran en ese diario comulguen en semejantes patrañas, hay que convenir en que obran con hipocresía y mala fe al difundir entre sus lectores tan absurdas doctrinas.

—Muere en tu creencia—dijo Chaumette á Gobel, obispo de París, que trató de catequizarlo á su religión momentos antes de entregar ambos sus cabezas á la guillotina—si hay Dios me perdonará las faltas que haya cometido: no me perdonaría una mentira engendrada por el miedo ó por la hipocresía.

¡Hermosas, sublimes palabras, dignas de aquella gloriosa figura de la Santa Revolución Francesa!

Chaumette tenía razón.

Si fuera posible (que no lo es) la existencia de un Dios que juzgara en último término y con estricta justicia las acciones de los hombres, absolvería de sus faltas á los que, á la vista de un mundo lleno de miserias y de crímenes, dudaron de la existencia de un Dios magnánimo y misericordioso: y arrojaría lejos de sí á los hipócritas y á los malvados que tomaron su nombre en la tierra para llevar á cabo sus execrables explotaciones.

Entre éstos se halla esa prensa, mal llamada liberal, que con sus absurdas propagandas ceba la fiera del clericalismo, recogiendo de ella á cambio de estos servicios alguno que otro zarpazo, como el de Totana, donde *El Liberal*, en forma algo contundente, ha podido apreciar de lo que sirve contemporizar con el clericalismo.

La prensa, que en los momentos actuales quiera ocupar un puesto en la vanguardia de la civilización, ha de segregar en absoluto de sus columnas todo lo que tienda á estorbar la libre marcha del progreso, combatiendo sin tregua ni descanso los obstáculos que se opongan á la total emancipación de las conciencias. Esto es, lisa y llanamente lo que el pueblo quiere, porque le repugna ya todo lo que huele á religión, convencido por propia experiencia de que detrás de la cruz está el diablo de la incultura, el demonio de la miseria y el Satanás de la servidumbre.

Así como sabe también el pueblo, que, mientras más se separa de la religión de nuestros mayores (que dicho sea de paso fueron unos solemnísimos gansos) más se acerca al máximo de su perfección moral, único medio de proporcionarse una relativa felicidad en este pícaro planeta.

Por tanto, los hombres de buena voluntad que aspiren á convertir en realidad las aspiraciones del pueblo, deberán ante todo combatir con el hierro y con el fuego el fanatismo religioso, causa la más elemental del atraso y de la miseria en España.

Conseguido esto, lo demás se derrumbaría con estrépito entre las irónicas carcajadas de un pueblo digno, conocedor de sus derechos y de sus deberes.

E. GIMENEZ MONROY

Febrero 1913.

## La Iglesia difamadora

*Después de «La Croix» el diario clerical «Correo de Alsacia»*

Este diario alsaciano, conterráneo del jesuita P. Peters, degollado en el Colegio de Chamartín de la Rosa y que no tuvo un mal reporter para informarse del misterioso degollamiento de su compatriota, ni aun siendo jesuita como él; este diario católico hizo el acto católico de calumniar al publicista anticlerical Grumbach, director de la campaña electoral en Alsacia-Lorena contra el partido reaccionario.

Como autor de la injuria presentóse un criado de un tal Blumenthal, archipámpano del jesuitismo alsaciano.

Emplazado ante los tribunales el correligionario de Mella y de Senantes, á probar sus dichos y á justificar sus ataques, ha sido declarado responsable de la injuria el redactor del diario clerical Llaenggi, sentenciado y condenado á la multa consiguiente, á las costas y á la publicación de la sentencia en tres días.

Prosigamos la lista de los periódicos católicos difamadores:

*La Tradición Navarra*, condenada por injurias á Basilio Lacort

*El Ideal*, de Soria, condenado y después absuelto por injurias á Luis Ayuso.

*El Siglo Futuro*, de Madrid, condenado por injurias al P. Castilla.

*La Croix*, de París, condenada por injurias al hijo del P. Jacinto.

*El Correo Alsaciano*, condenado por injurias á Grumbach.

¡Difamadores condenados! ¡Católicos embusteros! La justicia os está amordasando. ¡Ya era hora!

## EL BAUTIZO

Delante de la puerta de la granja los hombres esperaban con sus trajes de día de fiesta. El sol de Mayo vertía su luz clara sobre los manzanos de copas redondas como grandes ramos blancos, rosados, perfumados y que dejaban caer en el patio una alfombra de flores sembrando á su alrededor sus pétalos menudos, que revoloteaban cayendo sobre la hierba donde las amapolas brillaban como llamas. Los albaricoques parecían gotas de sangre. Una cerda estaba sobre el estiercol, con su vientre enorme, las tetas hinchadas, mientras que una tropa de cochinitos andaba alrededor, con sus rabitos enroscados á modo de cuerdas.

De pronto, allá abajo, detrás de los árboles de la granja, la campana de la iglesia repicó. Su voz de bronce lanzaba en el espacio alegre un llamamiento débil y lejano. Las golondrinas cruzaban como flechas á través del espacio azul que encerraban los altos álamos inmóviles. Oír de establo llegaba á veces, mezclado al dulce olor de los manzanos.

Uno de los hombres que estaban delante de la puerta se volvió hacia dentro y dijo:

—Vamos, vamos, Melina, que tocan.

Tenía aquel hombre unos treinta años era un campesino á quien los trabajos del campo no habían aún deformado.

Un viejo, su padre, nudoso como un tronco de encina, con las muñecas gruesas y las piernas torcidas, añadió:

—Las mujeres no están nunca á la hora.

Los otros dos hijos del viejo se echaron á reír y dijeron á su hermano mayor:

—Anda á meterles prisa, Hipólito.

Y el joven entró en la casa.

Una bandada de patos parada cerca de los campesinos comenzó á graznar, batiendo las alas; después marchó hacia el estanque con paso lerto y acompasado.

Entonces, en la puerta que estaba abierta, una gruesa mujer apareció con un niño de dos meses. Las blancas cintas de su gorra le caían sobre un pañuelo encarnado, brillante como un incendio, y el chiquillo, envuelto en mantillas blancas, reposaba sobre el grueso vientre de la mujer.

Después la madre, alta y fuerte, salió á su vez; era una chica de unos dieciocho años, fresca y sonriente, cogida del brazo de su hombre. Y las dos abuelas venían detrás, arrojadas como manzanas maduras.

Una de ellas era viuda: tomó el brazo del abuelo, que estaba ante la puerta, y marcharon á la cabeza del cortejo, detrás del niño y de la madrina. El resto de la familia los seguía: los más jóvenes llevaban cartuchos de papel llenos de confites. Los chiquillos subían sobre los vallados; algunas personas aparecían detrás de las cercas; las criadas de las granjas se quedaban paradas entre dos cubos llenos de leche que dejaban en el suelo para ver pasar el bautizo. La madrina, triunfante, llevando su fardo viviente, evitaba los charcos de agua en los caminos pantanosos que había entre los taludes plantados de árboles.

Los viejos marchaban con cierta ceremonia, un poco encorvados por la edad y los dolores, y los jóvenes con ganas de bailar miraban á las chicas, y el padre y la madre andaban gravemente, muy serios, siguiendo á aquel niño que los reemplazaría más tarde en la vida, que continuaría en el país su nombre, el nombre de los Dentu, tan conocido en el cantón. Desembocaron en la llanura y tomaron una vereda para evitar el rodeo por el camino.

Se veía ya la iglesia con su campanario puntiagudo, y una abertura que atravesaba hasta el techo de pizarras, y algo moviéndose allí dentro, yendo y viniendo con un movimiento vivo, pasando y repasando detrás de la estrecha reja; era la campana, que seguía llamando al recién nacido para que entrase por primera vez en la casa de Dios.

La puerta de la iglesia estaba de par en par. El cura, un hombrón de cabellos rojos delgado y fuerte, un Dentu que también era tío del niño, como hermano del padre, esperaba delante del altar, y bautizó á su sobrino Próspero César, que lloró al gustar la sal simbólica.

Terminada la ceremonia, la familia es pero en el umbral mientras el cura se quitaba la sobrepelliz; después se pusieron en marcha muy deprisa, porque aguardaba la comida. Toda la chiquillería del país los seguía, y cada vez que les tiraban un puñado de confites, había una pequeña furiosa, una lucha cuerpo á cuerpo con cabellos arrancados.

La madrina, un poco cansada, dijo al cura, que iba á su lado:

—Dígame usted, señor cura: ¿querría



usted coger un poquito á su sobrino, que no puedo con él?

El cura cogió al niño, cuya falda formaba una mancha sobre la sotana negra, y lo besó, sin saber qué hacer con aquel ligero fardo, pues no acertaba con la manera de tenerlo ni de colocarlo. Todos se echaron á reír. Una de las abuelas le dijo:

—¿No te da pena pensar que tú no tendrás otro como ese?

El cura no respondió: andaba á largos pasos mirando fijamente al pequeño, y levantándolo hasta su cara, lo besaba con ternura. El padre le gritó:

—Di tú, cura; si quieres uno no tienes más que decirlo.

Y todos se echaron á reír y se pusieron á bromear como bromeaban las gentes del campo.

Cuando se sentaron á la mesa, la pesada alegría campesina estalló como una tempestad; cada uno decía una gracia; algunas resultaban de tal color, que las chicas se ponían coloradas y los hombres se desternillaban de risa. El cura, acostumbrado á aquello, estaba tan tranquilo sentado al lado de la madrina, acariciando con el dedo la boquita de su sobrino como para hacerle reír. Parecía sorprendido á la vista de aquel niño, cual si no hubiera visto ninguno hasta entonces; miraba con gravedad pensativa, con ternura despertada en el fondo de su alma, ternura desconocida, singular, un poco triste, á aquel pequeño sér, frágil, hijo de su hermano; estaba mudo delante de aquella larva de hombre, como ante un misterio inefable en que nunca había pensado, misterio augusto y santo, la encarnación de un alma nueva, el gran misterio de la vida que comienza, del amor que se despierta, de la raza que continúa, de la humanidad que marcha siempre.

La madrina comía un poco separada de la mesa, porque al niño le molestaba, y el cura le dijo:

—Démelo usted; yo no tengo gana.

Y le cogió. Entonces todo desapareció á su alrededor, y quedó con los ojos fijos en aquella carita rosada y gruesa. Poco á poco el calor de aquel cuerpecito, atravesando las mantillas y la sotana, le llegaba á las piernas, penetrándole como una ligera caricia muy casta, una caricia deliciosa que le llenaba de lágrimas los ojos.

El ruido de los cuensales se hizo tan fuerte, que el niño rompió á llorar, y una voz gritó:

—Vamos, curita, dale el pecho.

Y una explosión de risas acogió la ocurrencia.

La madre se levantó, y tomando al pequeño le llevó á otro cuarto. Poco después salió diciendo que quedaba dormido en su cuna.

La comida siguió hasta la noche; el cura desapareció y nadie notó su ausencia.

La madre entró á ver si el niño dormía, y salió muy asustada diciendo que allí había alguien, que sonaba una cosa. Todos los hombres se levantaron en tumulto, ébrios y amenazadores, y el padre con una luz en la mano entró resueltamente.

El cura, de rodillas al lado de la cuna, sollozaba con la frente sobre la almohada donde reposaba la cabeza del niño.

GUY DE MAUPASSANT

**¡LIBERTAD Y A ELLOS!**

POR JOSÉ NAKENS

## En cuarentena

Leo que un obispo, llamado Herriot, abandonó el catolicismo y se hizo protestante y que en Niza se introdujo en una rica familia en que había, como único heredero, una niña llamada Lola.

Que pronto consiguió ser el amo de la casa, tomando la «dirección espiritual» de la heredera, y que la corrompió haciéndola escribir cartas soeces bajo su dictado.

Que al quedar huérfana quedó Lola bajo el poder del reverendo, y que por medio de trapacerías y amenazas logró apoderarse de casi todo su capital.

Que ella, por salir de tal infierno, se casó con el primero que pudo, con un albañil, al que enteró de toda su triste historia.

Que el marido llevó la denuncia á los tribunales.

Y que éstos han encerrado al ex obispo católico, antes pobre y entrampado, y hoy millonario.

Hay cosas muy naturales y corrientes en la clerecía, en ese relato de *El Porvenir del Obrero*, de Mahón; pero como también las hay muy extrañas, estoy por creer que ha sido mal informado.

Y la más extraña de todas, es la de que, para hacer cosas como las que se le atribuyen, dejara el catolicismo ese obispo, donde nadie se hubiera metido con él, según es uso y costumbre, sobre todo en España.

En fin, allá veremos: si la noticia se confirma, le dedicaré unas líneas de comentario. Por hoy la pongo en cuarentena.

## Como en todas partes

Se verificó en Canet una tómbola, cuyos productos iban á repartirse entre los pobres; más luego, pensándolo mejor, se dedicaron á comprarle un medallón á una Virgen, valorado en tres mil pesetas.

Bien pensado.

Después de todo ¿qué más les dá á los pobres morir de hambre ocho ó diez días antes que después?

Mientras que ese medallón al cuello de la Virgen atestiguará, hasta que lo roben para sustituirlo por otro de quinientos ó veinte pesetas, que Canet no se diferenciaba de las demás poblaciones de España en 1913.

En cuanto á fanatismo católico.

## Un cura incendiario

*Prende fuego á la casa para cobrar la prima de seguro*

Burdeos, 23 2. (Telegrama de nuestro corresponsal). A consecuencia de un incendio que hace algunos días convirtió en cenizas parte de la abadía de Landraís en el departamento de Charente, la brigada de policía móvil de Burdeos fué en-

cargada de averiguar las causas, por que se decía que el incendio fué provocado intencionadamente y que todos los muebles y objetos de algún valor habían sido retirados de la vivienda antes del siniestro. Como resultado de estos trabajos se descubrió en el domicilio de Federico Bonneau, sacristán de la parroquia, una parte de los muebles y otros objetos. Sometido Bonneau á interrogatorio se declaró culpable, é inmediatamente se procedió á su arresto, así como al de su mujer é hija y un criado de veintinueve años, llamado Pedro Hippeau, que había ayudado al traslado de los muebles. El cura Luciano Ribreau, de veintisiete años, obligado por el hábil interrogatorio del juez, se declaró culpable del incendio voluntario y también fué encarcelado.

El incendio lo provocó por cobrar una prima de seguro. La instrucción del sumario queda á cargo del juez de Rochefort.

### Como fué detenido el cura incendiario

Rochefort 24-2. (Telegrama de nuestro enviado especial). Queremos dudar, y sin embargo, es un hecho: el cura de Landraís, el sacerdote Luciano Ribreau, que hizo profesión de fe para enseñar la cristiana virtud y el desprecio á los bienes terrenos, no dió más ejemplo á sus ovejas que el degradante espectáculo de sus concupiscencias. Y todos los extraviados pecadores que por el ministerio bien ejercido, de Ribreau, debieron hallar el camino del cielo, se encuentran que en su compañía, y gracias á sus consejos se han puesto de patitas camino de las misteriosas negruras del infierno. Por muy extraño que parezca, es absolutamente verídico.

He aquí los hechos:

### La denuncia del sacerdote

El 30 de Enero próximo pasado, el sacerdote Ribreau salió temprano de la abadía y no volvió hasta bien cercana la noche. Inmediatamente salió dando voces, y dirigiéndose á casa del alcalde; le denunció que algún malhechor se había introducido en su casa durante su ausencia y habíala prendido luego. Se comprobó en efecto que se había quemado el salón y el dormitorio del cura, donde había objetos y muebles de valor, notándose que las habitaciones pobrememente amuebladas habían sido respetadas por el fuego.

El jefe de policía de Rochefort se trasladó al día siguiente á Landraís y el juez M. Tronette procedió al examen del lugar del incendio. [Observó manifestas anomalías.

Habían roto uno de los cristales de la ventana de la cocina para simular fractura, toda vez que la llave estaba puesta en la cerradura de la puerta de entrada permitiendo el fácil acceso á la morada. Además el cura Ribreau tenía un perro muy malo, al que solamente podían acercarse dos personas sin riesgo de ser mordidas, el cura de Landraís, y el sacristán; el día del incendio nadie oyó ladrar al pe-



rrero, cosa que hubiera indicado la presencia de alguna persona extraña, y al siguiente del incendio se le encontró errando por las calles con la cadena al cuello, que seguramente alguna mano misteriosa había soltado de la perrera. Se averiguó en fin que Ribreau gozaba de mala reputación, estando lleno de deudas, y que pocos días antes del incendio había asegurado su mobiliario en 4.000 francos.

#### La gestión del inspector

El juez M. Trenette desde este momento creyó ver claramente la culpabilidad de Ribreau, mas por escrúpulo de conciencia no le sometió á una inmediata prisión. Solicitó el auxilio de la brigada de Burdeos y esta designó al inspector Dommecq, uno de sus mejores sabuesos.

El primer cuidado de este policía fué congraciarse con Ribreau y no dejar entrever el objeto de su misión hasta obtener su confianza.

El asunto vuestro no va bien en Rochefort, le dijo; es posible que hayáis cometido alguna torpeza, pero yo os disculpo, ¡la juventud!... No obstante, me parecéis un buen muchacho; quiero salvaros de este mal paso y para ello aprovecharé la confianza con que el juez me distingue. Así le tendremos por nuestro. Dejadme obrar.

Dotado de una incomparable ingenuidad, el cura Ribreau accedió y el inspector fué su amigo. Solicitó de él que le buscara para sus escapadas á Rochefort alegres compañías, y asimismo que le sirviera de intermediario para vender en Burdeos un alba bordada, tasada es doscientos francos, que se creía desaparecida en el incendio. Otro día le confió que había pignorado en el Monte de Piedad de París una parte de su ropa blanca y que lo había hecho ocultando su nombre bajo el de Bausire, al que añadió el título de conde de la Cappella; y así de confianza en confianza acabó por declarar á su excelente amigo el inspector, que él fué quien planeó el incendio del presbiterio. Después, dándose cuenta de las consecuencias de su confesión, amenazó á Dommecq diciendo: «Si me delatáis, mi venganza será terrible.» El policía, sin temer estas amenazas, puso todo en conocimiento del juez de instrucción y el cura fué pre. o.

Entre tanto al registrar la casa del sacris Bonneau y la de su yerno Teodoro Hippeau, se encontraron las lencerías y demás objetos sacados ocultamente de la iglesia. Detenidos todos, fueron á la prisión de Rochefort á unirse con Ribreau, que al ser detenido intentó suicidarse.

M. Tronette le preguntará en el curso del interrogatorio que en breve tendrá que sufrir, la causa de este intento.

RAOUL SABATIER

Le Journal (París).

### Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Precio: UNA PESETA

## Los niños en los hospitales

«¡Pobrecitos!

¡Con qué ojos tan tristes miran á sus madres! Consumidos por la fiebre, torturados por los mil sufrimientos que acompañan á la enfermedad, sobre todo cuando ésta se ceba en delicados y tiernos organismos, se ven en la dura precisión de soportar tormentos mayores, de experimentar un dolor sin nombre, la falta del cuidado maternal.

Tendidos sobre el lecho, hundiéndose en él como el cadáver en su caja, apagado el brillo de sus pupilas, marcándose en ellas esa expresión horrible de ansiedad, signo precursor de la muerte, ven llegar á sus madres, que con lágrimas amargas riegan las cubiertas de su cama, y besan su pálido rostro, á cuyo suave contacto se estremece de alegría aquel débil cuerpecito que pronto dejará de funcionar, como yergue su corola la pintada florecilla que, marchita ya, siente sumergir su tallo en el agua vivificadora que ansía.

Mas ¡ay! que el reglamento se impone y ordena abandonar la enfermería á las pobres madres; ellas quisieran permanecer un momento más, si posible fuera; pero la voz inflexible de los vigilantes no admite réplica, y con el alma desgarrada y el corazón destrozado dejan el local, no sin antes mirar por última vez al hijo de sus entrañas, que tristes abandonan. Este, al verla salir, tiende sus brazos y sólo encuentra el vacío.

—Madre—se dirá—¿por qué te vas, por qué me abandonas en tan críticos momentos? ¡Si supieras cuán satisfecho moriría si tú estuvieras á mi lado! ¿Por qué me atormentas con tu ausencia? Y aunque no llora porque la enfermedad le tiene postrado, lanza un gemido, expresión de uno de esos dolores que, al no poder ser descritos, indican todo lo que tienen de grandiosos.

Entre tanto, la madre espera con ansia la hora de la visita de la tarde para situarse á la puerta del hospital, esperar la salida del profesor encargado de la sala, de sus ayudantes ó de los enfermeros de la misma, á fin de adquirir algunas noticias acerca del estado de su hijo. Triste se retira después que ha interrogado con afán á unos y á otros. ¡Ay! En aquella noche, la dolencia del pequeño se ha agravado de tal modo, que su respirar tumultuoso, el rostro que se descompone por instantes, sus pulsaciones apenas perceptibles, hacen temer su pronta muerte.

¡Qué desgraciado fué desde que vió la luz primera! Nació en cuna miserable; á duras penas encontró el preciso alimento para su raquítico desarrollo; ahora la enfermedad le ha conducido al lecho de un asilo, en el cual acaba su corta vida sin tener al lado á su madre.....

Al fin muere y la hermana de la Caridad apenas se fija en su rostro cuando lo cubre al notar su muerte.

A la mañana siguiente, la madre, pro-

vista de un *asep*, se presenta en el hospital, y esta vez el portero no opone resistencia á su entrada; corre gozosa por las galerías, salva escaleras con suma rapidez, llega á la puerta de la sala, pero está concluyendo de pasar revista el médico y tiene que aguardar todavía unos minutos que á su impaciencia le parecen siglos; al fin puede penetrar; llega junto á la cama de su hijo... ¡está vacía! Lanza un grito agudo; cae al suelo retorciéndose en horribles convulsiones; algunas almas caritativas la conducen á su vivienda, donde tiene lugar el desenlace de este drama de muerte que empezó con la enfermedad de un inocente desheredado de la fortuna, y acabó con el sincero llanto de una madre.

¡Cuántas veces he presenciado escenas tan horribles! Casos de esta indole dejaban largo tiempo honda impresión en mi ánimo; pero nunca tan profunda como si aparecían sus protagonistas una madre y un niño; y es que yo entiendo que en otra ocasión cualquiera cabe el fingimiento y el dolo, pero no lo admito nunca en la primera: su cariño es verdadero. Y en cuanto al segundo, se encuentra todavía en esa edad en que las borrascas mundanas no han herido su corazón, que sólo ha latido y se ha agitado de placer al sentir el crugido del beso que, como expresión del amor más puro que se conoce, depositaba en sus rosadas mejillas la mujer á quien debe la vida: su madre.

DOCTOR CALATRAVEÑO

## Historico

Un judío entra en el gobierno de Kiew, y encuentra en la escalera al príncipe Eristof, alto funcionario.

—¡Qué es esto!—grita irritado.—¡Un judío en la escalera principal! ¡A ver!... ¡Ordenanza; eche inmediatamente á la calle á ese judío y que esto no vuelva á ocurrir!

—Señor—dice el pobre diablo—no es para tanto. Ignoraba que la escalera... Y, después de todo, Jesucristo fué judío...

—¿Con que judío Jesucristo? ¡A ver! ¡Ordenanza, queda detenido este hombre por blasfemo! ¡Que hagan el atestado para el juez!

A los pocos días los tribunales consideraban una blasfemia afirmar que Jesucristo fué judío. El pobre hombre que se equivocó de escalera fué ocho días á la cárcel por blasfemo.

## Almanaque del carlismo

para los años 1913 á 1999,  
POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona

DON JUAN LAGUARDIA

ILUSTRADO CON 18 GRABADOS

Precio: UNA peseta.



# Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

los legados del Papa, cosa que parece imposible en una época en que á tales emisarios se les trataba con el profundo respeto que hemos visto.

Pero no contento con esto, reunió en Worms á los obispos y les propuso echar abajo á Gregorio VII.

¡Cosa particular! A los obispos les pareció bien la proposición!

Los de Wurtzburgo y Metz dijeron que aquello era un disparate; que á ningún obispo se le podía condenar sin oírle, cosa que no hubiera sido injusta ni menos inhumana si se hubiese tratado de cualquier otro perulario bautizado; y que mucho menos podía procederse de aquel modo informal tratándose del obispo de Roma, contra quien no podía admitirse la acusación de ningún obispo ni arzobispo.

Pero otro obispo, que á diferencia de casi todos los demás era muy bribón y había sido declarado ciente por comerciar con las cosas sagradas, un tal Higo el Blanco, por más señas, se levantó y dijo que el Papa era un libertino; que habla alcanzado el poder por malos medios; que era un brujo; en fin, le puso como un obispo sabe poner á otro cuando le sale del mismísimo centro de la ira.

Y cosa rara! El obispo de Francfort, diferente de todos los demás, añadió que al vado ó á la puente; que había que decidirse por el emperador ó por el Papa.

Y cosa singularisima! Los otros obispos, bribones todos, á diferencia de todos los demás, aprobaron que Enrique firmara una carta llena de injurias mandando al Papa que abdicase y renunciase á toda autoridad.

Un presbítero muy echado para adelante, que se llamaba Rolando, como después se lo llamó el capitán de bandoleros del *Gil Blas de Santillana*, cogió con mucho aplomo la carta y se fué con ella á Roma y con ella se presentó á un Concilio que el Papa estaba presidiendo.

El nombre, es decir, el presbítero, se encaró con los obispos allí reunidos y dijo:

—El rey mi amo me envia á deciros que vayais á él para elegir otro Papa, porque este que está aquí no es Papa, «sino lobo carnicero».

Los guardas del Concilio que tal oyeron, opinaron que semejantes frases desdecían de la caridad cristiana, y para enseñar al presbítero cómo debía conducirse un buen servidor de Jesús, se lanzaron á él para matarle.

En vista de lo cual, y no queriendo

consentir el presbítero que aquellos improvisados profesores del Evangelio condenasen sus almas matando á un sacerdote, dejó la carta y se escabulló.

Después de lo cual fué cuando el Papa leyó la insolente carta, y en vista de su contenido tan poco conforme con las opiniones y costumbres de la época, excomulgó al señor emperador, y aún hizo más: le declaró desposeído de sus reinos de Italia y Alemania; y todavía hizo más: declaró que ya sus súbditos quedaban desligados de su juramento de fidelidad; y aún hizo más: envió también sus correspondientes excomuniones á los obispos de Bamberg, Maguncia y Utrech; y hasta hizo más: declaró en situación de reemplazo á los demás mitrados que hablan asistido á la reunión de Worms.

Echando por casualidad los ojos encima á un libro que hallo sobre la mesa, veo que entonces mismo era cuando en Italia, muchos nobles que dependían de los obispos, se quejaban de no sé qué vejámenes que tenían que sufrir de éstos; que los obispos apoyaban al estado llano contra los nobles, por cuyo medio lo tenían propicio; y que así podían en ocasiones despojar de sus bienes á aquellos vasallos turbulentos.

Para descargo de mi conciencia hago constar que el libro dice que «podrán despojarles», no que les despojaran.

Lo dicho bastaría para dar una idea aproximada de la pobreza, las virtudes y el decoro y la ciencia de los obispos; pero á manera de últimas pinceladas al cuadro episcopal del siglo XI, permítaseme apuntar brevemente y á modo de índice, dos ó tres ó más casos complementarios que me bullen en la memoria.

Por los años de 1030, Roberto el *Magífico*, apellidado también el *Diablo*, ya haola apaleado al obispo de Bayeux.

En 1037, los habitantes de Lodi dirigieron todos sus actos políticos contra su obispo, á quien odiaban.

En 1047, el obispo de Reims sometía á penitencia pública al obispo de Brema, en castigo de sus vicios.

En 1049, un Concilio de Reims, presidido por el Papa León IX, echaba de sus sedes á cuatro obispos de un solo golpe, después de haber ya hecho otro tanto con otros, convictos de simonía, en un Concilio de Roma.

Es de advertir que al Concilio de Reims asistieron poquísimos obispos, pues la mayor parte se condolían de la suerte que esperaba á sus compañeros acusados; pero el pueblo acudió de puntos muy remotos para gozarse en la desventura de aquellos padres de familia con mitra.

En 1055, el Concilio de Lisieux desarzobispo al arzobispo de Rohan, á pretexto de que por espacio de dieciocho años

habla escandalizado á la Iglesia con sus malas costumbres.

Hildebrando, siendo legado del Papa en Francia, habia presidido los sínodos de Sens y Turs y desmitrado á seis obispos por revendedores de objetos sagrados.

En 1069, el arzobispo de Maguncia recla nó por espacio de diez años los diezmos de los turingios, á pesar del privilegio que éstos gozaban y de la amenaza del Papa.

El rey quería divorciarse y el arzobispo le dijo: Yo me encargo de agenciar el divorcio si vos os encargáis de hacer que se me paguen los diezmos.

—¡Paga, canalla! dijo el rey á sus súbditos.

—Toma, señor, dijeron los súbditos, saqueando los bienes del arzobispado y matando los soldados del rey.

Al cabo de cuatro años de matanza, el arzobispo reunió en Erfurt un sínodo de sacerdotes escogidos.

Para que deliberasen con más libertad, el rey rodeó el local de soldados.

Dos abades, el de Fulda y el Hersfeld, suplicaron por el amor de Dios al príncipe que respetase los derechos legítimos de los monasterios, confirmados repetidas veces por los decretos pontificios y por breves recientes, respetados unos y otros por sus predecesores.

El arzobispo respondió textualmente: «Que sus predecesores hablan gobernado la Iglesia del modo que mejor les habla parecido; que á cristianos todavía ignorantes y neófitos bien hablan podido darles á beber leche por todo alimento; pero que aquellos cristianos ya eran grandecitos, que su Iglesia era ya vieja, y él quería dar á sus fieles un nutrimento sólido y tener derecho para exigir de los hijos de la Iglesia las cosas eclesiásticas.»

Los abades volvieron á suplicarle en nombre de Dios; en nombre de la autoridad del Pontífice romano; en nombre de los privilegios otorgados por Carlos y otros emperadores; en nombre de las concesiones hechas por los antiguos arzobispos de Maguncia, y por fin, le suplicaron que se aviniera á que el repartimiento del diezmo se hiciera conforme á lo establecido en los cánones y según costumbre de todas las Iglesias de la tierra.

El arzobispo respondió impasible que después de diez años de lucha pidiendo los diezmos, no creía razonable abandonar su pretensión en el único momento que vela propicio para alcanzarlos.

Dos días nada más habia durado este cortés debate, cuando los habitantes del obispado se disponían ya á rechazar el sínodo para apelar á Roma; pero el rey, que estaba en todo, hizo saber que el que intentara turbar la tranquilidad del Papa obligándole á fallar sobre aquel asunto, en primer lugar perderla el tiempo, pues él se atendería á lo que el sínodo dispusiera, en segundo lugar la vida y en tercer

(Continúa).

Imp. de Domingo Blanco, Libertad, 21.—Ma